

# Dimensiones paralelas libro de cuentos

Yosuel Ian



Image not found.

# Capítulo 1

## 141 días

No paraba de llover y las calles estaban inundadas. Humberto Noah sabía lo que iba a suceder. Los cielos se volvieron morados, el viento sopló fuerte, caían granizos y una ola de rayos anunciaba el fin.

Una sequía azotaba al pueblo. Humberto Noah tenía un pasatiempo de ser un científico, quien creaba inventos a tiempo parcial. Él intentaba diseñar un invento para eliminar la escasez de agua sin interrumpir el balance natural de la Tierra. Estuvo varios días pensando en una idea que lo ayudara a solucionar el inconveniente.

Noah se dio cuenta que los políticos estaban malgastando el dinero de los ciudadanos. Por la madrugada los líderes hacían unas pruebas con una compañía intentando crear nubes. Se descubrió, poco después, que las maniobras le costaban al pueblo 3 mil millones por cada intento. La empresa se llamaba "Caza Crea Nubes", ellos habían garantizado su contrato. No les importaba si no funcionaba la elaboración de las nubes porque por cada intento se le otorgaban tres mil millones. Los gobernantes desistieron de la idea porque el pueblo se enterró. No querían perder las elecciones al finalizar el cuatrienio, por eso inventaron una excusa razonable.

Por la mañana Noah usaba unos imanes con unas cucharas de plata y logró conectarlas en una esfera. Le faltaba poner el electroplasma. Era una sustancia viscosa que lubricaba los movimientos de su invento. Unió la electricidad al campo magnético y la velocidad hizo una explosión inesperada. Abrió una dimensión y fue succionado por ella. Por unas cuantas horas quedó inmóvil, ya que su cerebro absorbía una energía mística.

Despertó tirado en el suelo. Descubrió que el tiempo había retrocedido. El invento estaba destrozado en pedazos. Una voz pronunció: *141 días vendrá como el jinete negro que nadie se espera.* Las palabras le dieron un escalofrío a través de sus piernas. Se apresuró a salir porque iba a llegar tarde a su trabajo. No se percató de su cambio físico. Volvió a oír: *Hoy serás el profeta, te toca advertir.* Le hizo caso omiso y se fue al trabajo.

A las cinco de la tarde, el inventor iba a estar en el estudio de las noticias porque como reportero ancla no podía llegar tarde. Él pelo castaño de Humberto Noah le cambió. Al hablar, le creció, una barba blanca, le salió cabello blanco, le cambiaron los ojos azules por unos de fuego y un aura

agarró los aparatos electrónicos. Nadie podía moverse cuando vociferaba el mensaje. La transmisión dejó a los espectadores conocer acerca de la profecía. Dijo:

—Lloverá por 141 días. Ustedes han esperado el fin y sucederá no como siempre se lo imaginaron.

Descubrió el hombre que las personas vieron unas imágenes del futuro mientras él advertía la profecía unos minutos antes. Sin embargo, los noticieros junto a los gobiernos se unieron para hacerle creer al mundo que Noah estaba loco y había planificado el suceso por fama.

Se quedó sin trabajo ese mismo día. La gente en el pueblo se burlaba de su historia porque les sonaba fantásiosa. Los ciudadanos hicieron caso omiso a las expresiones de Noah. A nadie le importó las palabras que dijo. La gente creía que era un degenerado, quien había buscado fama. Descubrió que los individuos pensaban que las profecías debían suceder como se las habían contado.

Noah estaba cansado de las burlas. El hombre recogió sus pertenencias y se fue a la montaña donde su abuelo le había dejado un laboratorio. Deseaba estar lejos de la civilización quienes no usaban su conciencia para un bien común. El tiempo transcurrió y Noah se refugió en sus inventos.

\*\*\*

Unos planos estaban tirados en el suelo, había un pizarrón lleno de fechas tachadas, un desorden de materiales y una ciudad miniatura. Noah descubrió que tenía unos poderes supernaturales. Luego de tantos años sabía cómo controlarlos. Las visiones se tornaban más potentes. Decidió elaborar unos inventos para salvar a la gente. Él podía viajar a través del tiempo y presenció el fin en muchas ocasiones. Se dijo que no era necesario hacer un arca ni recoger los animales. Sabía que la Tierra daba las señales del cambio venidero y solucionaría cualquier inconveniente. Esperaba el día cuando tendría que compartir su solución. Se llenó de paciencia porque sabía que las percepciones de las personas podían ser erráticas.

A las doce de la tarde, aparecieron unas personas buscando al hombre. Tocaron a su puerta en busca de respuestas. Una muchacha llamada Patricia del Valle le pidió que la atendiera. El hombre le dijo que por qué debía dirigirle la palabra. Noah apretó un botón, entonces unos pájaros electrónicos hicieron un chillido. Esto les afectó los oídos a los visitantes y tuvieron que marcharse.

Escuchó unos golpes fuertes en la puerta dos días más tarde. La científica quería hablar sobre los cambios en el Planeta. Le pidió que la atendiera

porque los cambios habían comenzado. Noah subió su pestaña por unos segundos. Desde hace mucho que se la pasaba escondido trabajando en la solución de la humanidad. Le habló:

—Una vez pases a mi laboratorio, controlo si sales o no. Soy el invento, la solución y si tratas de traicionarme habrá consecuencias.

Sus amenazas no la amedrentaron y prosiguieron a su zona de trabajo. El gobierno le había dado a la científica una semana para solucionar el problema de la Tierra. Ella le explicó que los animales estaban sufriendo unos cambios extraños. Unos caballos habían comenzado adquirir rasgos distintivos. Les salieron alas y pulmones resistentes para poder respirar debajo del agua. Los árboles flotaban en el aire con pedazos de tierra. La corteza del planeta comenzó a emanar burbujas estas creaban unos sonidos que destruían grandes ciudades. Otros animales como el canguro se le formaron unas escamas, mientras los perros, los gatos, entre otras especies se les volvió la piel resistente.

Su conversación acerca del Calentamiento Global apenas daba comienzo. El científico le dijo que sin el calentamiento o sin él la Tierra evolucionaría para dar paso a la recuperación. Le explicó:

—Hemos adelantado el apocalipsis y si Dios no existiera como quiera la Tierra elaboró un plan de renovación natural. Un fin es el comienzo del principio. Esas metamorfosis en los animales son mecanismos necesarios para sobrevivir.

Al rato la llevó a su majestuoso laboratorio. Había una materia moldeable color verde, unos microscopios, una réplica del mundo de cómo quedaría después del diluvio. Ella observó que había unos veleros y en la pizarra estaba escrito una solución. Ambos caminaban apresurados, le enseñó un pizarrón con un dibujo de él. Él alegó que confió en ella porque se acercaba el día y debía mostrarle cómo sucedería el percance. Sus manos se llenaron de una energía mística. La llevó a la dimensión para enseñarle los acontecimientos.

—Nadie me creyó cuando mostré el fin. Esto ha sido solo una semana de constantes lluvias.

—¿Cuál es la solución? —le preguntó Patricia.

—Tú eres la esperanza.

Sin entender a qué se refería continuaron. Patricia observó cómo el agua subía, el científico adelantó el tiempo. Llegaron a los 141 días y la Tierra parecía un océano. No quedó rastro de los edificios ni de los seres

humanos. El mundo sin el permiso de nadie comenzó la renovación.

Se fue a advertirles a los gobiernos que el fin llegaría cuando comenzara a llover sin cesar. Hubo una reunión de emergencia porque los terremotos eran cada diez minutos. Los edificios se caían, los rayos se volvían más fuertes, aparecieron tornados y los huracanes salían de la nada. Ellos discutían.

—¿Cuáles fueron los hallazgos, Patricia? —esperó el comandante por una contestación.

—El hombre tiene una solución. Me dijo que era la esperanza.

—¡Puras babosadas! Me quieres decir que la solución del mundo está sujeta a una mujer. ¡Por favor, está usted loca!

Patricia fue a buscar a Noah. Lo llamó varias veces, sin embargo, él no respondía. Cuando entró al laboratorio, el hombre estaba tirado en el suelo. Se había vuelto en un anciano. La mujer descubrió que su conexión con la Tierra era muy grande para su cuerpo resistir. Él hombre sonrió. Le transfirió sus poderes y sus conocimientos. Dijo unas palabras.

—Si es por los grandes líderes y una mujer tiene la solución para evitar el fin del mundo prefieren morirse. Serás a quien recordarán. Le darás al botón azul. Saldrá la gran ciudad. Eres el héroe quien salvará al mundo.

Agarró al hombre poniéndolo en la camilla. Este volvió a sonreír porque la lluvia apenas daba comienzo.

Hubo una transición mundial. Los esfuerzos del hombre dieron fruto. La ciudad Noah salvó a los terrícolas, así la llamó la científica encargada. La lluvia cesó a los 142 días. Desde esa vez los paisanos vivían sobre el agua con grandes ciudades que flotaban. Entonces el mundo aprendió a que los finales apocalípticos eran una evolución del pensamiento humano ajustándose a los cambios de la madre Tierra.

Copyright@ Yosuel Ian 2016 Prohibida cualquier reproducción sin el consentimiento del autor, ya sea impresa, escaneada o cualquier modo que violente los derechos de autor. Dimensiones Paralelas. Si le gusta la obra no dude en aplaudirla porque tomaré de mi tiempo y haré lo mismo por usted. Soy crítico literario también.

## Capítulo 2

### ***Entre moscas***

#### **a Omairy y Evadne**

Por la mañana se deslizaba entre las paredes con sus pisadas invisibles. Contaba los minutos de la muerte de su presa. Un animal confiado liberaba un químico exquisito cuando estaba en su punto de comodidad. Mientras tanto, el amo de la casa dormía. Los rayos del sol entraban por las persianas. Al despertar, Josué besó a su esposa.

—Cariño, ¿puedes cocinar desayuno? —la mujer sonríe y lo besó.

—¿No me digas que quieres revoltillo? No te voy a complacer —Josué le sonríe a su esposa.

—Claro amor, tu revoltillo con jamón es riquísimo. Hazlo como siempre —respondió Omy con amor.

Se levantó de la cama, iba a complacer su esposa. En la cocina escogió los utensilios. Abrió la nevera para sacar cuatro huevos y varios pedazos de jamón.

Mientras su esposa jugaba con Evita, su hija mayor, las risas se escuchaban por la cocina. El día iba bien hasta que, de repente, un zumbido en los aires lo molestó. Se acercaba el malhechor. Este se paraba en el borde de la mesa y retomaba su vuelo. El sonido de su zumbido sonaba por toda la casa.

Par de minutos pasaron, el revoltillo se cocinaba, Josué lo movía para que no se pegara. Se molestó porque la mosca se paró en su oreja. La espantó y miró de un lado a otro. *¿Cómo puede existir un ser con patitas y pelos si no compone nada en el mundo? Solo sirven para estar metidos en cuanto baquiné de pudrición hay,* pensó Josué.

Buscó un periódico para enrollarlo y efectuar la muerte con cautela. El revoltillo estaba casi listo y con mirada de cazador, ojeaba a ese ser pequeño que solo aterriza para dejar una saliva espesa en las comidas más deliciosas. No podía usar el veneno porque los alimentos se contaminarían, y no quería dañar su comida.

Pronunciaba las palabras mortales antes de la matanza.

—¡Morirás! —dijo Josué con ánimo.

Sin detenerse el insecto volador se acercaba con sus dos alas transparentes, estaba a punto de aterrizar. Primero hacía una parada en el sofá, para luego dirigirse al televisor. Estudiaba el panorama para aterrizar en su próxima parada. Frotaba las patitas y comenzaba a oler la exquisita comida para ellos todo olía bien. Detrás de las paredes había un ser invisible.

Nadie se imaginaba que esos seres funcionaban de una manera peculiar: se comunicaban con otras moscas y le reportaban a la base si la zona era favorable. Luego sus superiores enviaban a un señuelo para ver si tenían la vía libre. La mosca evaluaba si se podía enviar a sus compañeros. Los insectos viajaban en grupos de cuatro. Uno estudiaba la zona y si moría sería remplazado por otro. Las moscas se sentían orgullosas al poder fastidiar a los seres humanos y a los animales. Ese orgullo les llenaba su ser. En ciertas temporadas los insectos viajaban a los distintos continentes de la tierra y festejaban cuando la época de la pudrición llegaba. Dispersaban microbios para mantener el balance a través del mundo. Debían existir gusanos para crear el ciclo de la pudrición. Podrir las comidas era una de sus misiones favoritas porque descomponían las plomerías de los seres humanos y provocaban enfermedades.

Cada mañana las aventuras de las sabandijas comenzaban al amanecer. Salían a una hora específica y se sumergían en cuanto animal muerto.

Despegó con velocidad y fue hasta donde estaba Josué, allí comenzó la contienda.

—Te voy a matar y cuando lo haga seré feliz. Te odio y me repugnas. Infeliz, ven acá. ¡Carajo!

En la casa del lado, su vecino, Pablo pausaba para escuchar lo que sucedía. Josué estaba alterado. Se volvió intensa la batalla.

—¡Coño, que te voy a matar! Y cuando lo haga seré feliz. El hombre más feliz del mundo. ¡Qué mucho te detesto!

Dejó el revoltillo a un lado, Josué quería aniquilar a la criatura que insistía interrumpir su día. Usó el periódico para darle al insecto, pero logró burlarse de él.

—Jaja, eres un animal. Estoy viva y no me puedes matar —se burló el insecto.

Sus constantes burlas lo enfadaron y volvió a donde estaba el revoltillo para sacarlo del sartén. Al servir la comida, la temperatura bajaba y debía asegurarse que la criatura no se parara sobre ella. Mientras preparaba las tostadas continuaba con el problema. La mosca seguía en son de guerra. Enojado, Josué soltó las tostadas y con precisión aplastó a su adversario.

—¡Te maté! Estás muerta y ahora —canta victoria.

Sin resentimientos la tiró al zafacón. Comenzó a ingerir con tranquilidad la comida con su familia. Al terminar, tomó los utensilios y los llevó a la cocina. Limpiaba los platos con un silbido de regocijo.

De pronto miró al zafacón y notó que en el lugar de una mosca habían llegado tres y celebraban. Se percató que al deshacerse de la primera aparecían otras. Los insectos no se daban por vencido y parecía que se multiplicaban cada vez que se moría una. Le molestó verlas lo más campante porque sabía que esperaban a que los seres humanos dejarán los platos sucios para satisfacer sus dañinos propósitos. Josué buscó un matamoscas.

—¡Malditas moscas del infierno! Verán que hoy morirán todas, no quedará ni una sola. ¿Por qué existe un insecto tan odioso?

Frustrado, el hombre no resistía ni un minuto más y buscó el veneno para matarlas.

—Vamos a ver si ahora van a sobrevivir. Las veré muertas de una buena vez.

Presionó el mecanismo para fumigar con repelente.

Vio cómo caían al piso y en son de victoria les gritaba.

—¡Las maté malditas asquerosas y ahora! ¿quién ríe mejor? ¡Pues yo!

Se esparció un olor a insecticida por los rincones del hogar. Al rato salió el hombre con deseos de tomar aire. Se sentó a tomar descanso por un rato.

Minutos después, le dijo a su esposa que se preparara para ir a la casa de la suegra. Las moscas estaban tiradas en el suelo, pensó que estaban muertas y no se percató que se les movían las patitas. Josué no sabía que el repelente solamente las paralizaba. Las moscas entablaron una conversación.

—Pues este no sabe que el veneno solo nos inmoviliza. En varios minutos volaremos y como hay platos sucios, los ensuciaremos. A la verdad que

los seres humanos son unos tontos.

Entretenidas en su baquiné de platos, festejaban. Un enemigo sigiloso, quien se camuflajeó estaba cerca. Apareció una salamandra hambrienta y con su ágil lengua las devoró.

## Capítulo 3

### **3Drex RPD**

Llegaba el nuevo Drex RPD a la sala de clase. Desde que se sustituyeron a los maestros por unos instructores robóticos el aula escolar cambió. Se acomodaba el nuevo profesor. Era una máquina robótica que les enseñaba a los estudiantes cómo mejorar su rendimiento académico. Días antes los alumnos habían destrozado al anterior. La máquina nueva se suponía que fuera más resistente.

A las ocho de la mañana, el maestro plateado llegó. Caminaba despacio y los estudiantes miraban por cualquier deficiencia. Descubrieron que la nueva serie robótica tenía una bola negra en el centro de su pecho. A los chicos les preocupaba el reglamento de la ciudad, el profesor de metal tenía libre cátedra y podía matarlos. Los adolescentes les gustaba los retos e ir por encima de las reglas. Eso los motivaba. Querían descomponerlo y apuntarse otra victoria como hicieron con los demás.

Par de años atrás, los continuos fallos en las pruebas estandarizadas abrieron un proyecto donde los profesores que no servían se les cambió sus cuerpos por partes metálicas y una tarjeta que controlaría sus pensamientos. Los primeros estudiantes, quienes fueron parte del experimento aprendieron por las muertes. Se minimizó la falta de respeto, subieron los porcentajes en el rendimiento académico y los directores no eran necesarios.

A Miguel no le agradaba la clase, eso lo motivó a formar un plan para tener libre el resto de la semana. Un grupo de jóvenes entretenía al maestro de inglés. Había descubierto un fallo que volvía frenético al pedazo de metal. No podía registrar muchas voces a la vez. El grupo se sentía orgulloso en haber saboteado a seis instructores desde el comienzo de las clases. Una vez descompuesto el sistema educativo se tardaba enviar a otro. Les habló

—Estudiantes, estamos en la sección dos. The language is something required for learning —le habla su profesor.

Una algarabía se formó, le tiraron papeles, el robot se turbaba y se cayó al piso. Sin compasión, un estudiante le lanzó un pupitre. La memoria interna de su maestro se quebró. Al levantarse, movía un ojo con dificultad, el micrófono de su boca estaba entre medio de sus labios e intentaba comunicarse.

—Soy DexRPD, hoy aprenderemos sobre la fauna, Soy DrexRPD estoy a su servicio. DrexRPR, I will give myself a reboot to acquire the information I need. Our goal is to obtain a perfect score in the standards tests.

Decididos, los chicos sabían que era lo próximo. Un aire sinestro se sentía en el aula escolar. Miguel escribió unos insultos en la pizarra: A BUNCH OF FUCKING DEATH PARTS. EDCUATIONSUCKS ASS.

Miguel daría la señal para el golpe final. Logró abrir el compartimiento de su profesor. Encontró los cables que lo mantenían funcionando. Cruzó los cables y la máquina dejó de comunicarse. Unos segundos pasaron y recargó la bola en el centro. Inició la advertencia:

—You will have five seconds to step aside. I repeat you have five minutes.

Miguel se apresuraba a cruzar los circuitos y no tuvo éxito. No logró apagarlo. El artefacto cargó la bola en su pecho y salió un rayo láser. Piernas, cabezas, torsos y manos se desprendieron por el salón. Un charco de sangre se apoderó del suelo. Miguel fue el único sobreviviente. Escuchó:

Continuamos con la sección tres, solo preparamos a la gente para pasar las pruebas estandarizadas —se escuchó el eco en las palabras—. Repitan conmigo, dos más dos son tres y tres por tres es doce. No obstante, debemos pasar las pruebas... Pasar... Pasar... aunque no se aprenda. Pas...ar..

Una chispa rompió el sistema operativo DreX RPD y se apagó.

## Capítulo 4

### ***Contrato Nupcial***

Rodrigo Rivera veía a las mujeres pasar ante sus ojos. Dejaba de ojear como una persona normal y parecía una criatura de la noche con poderes infrarrojos. Podía ver a las mujeres veinte veces más guapas. Examinaba los cuerpos meticulosamente. Esas sensaciones lo hacían caer. Cuando miraba un par de caderas sentía un deseo pecaminoso recorrer por su mente hasta imaginárselas desnudas.

Después de casarse, los días de soltería llegaron a su fin. Observaba a cuanta mujer deseaba, pero no podía cumplir sus fantasías. Los primeros días de casado resistía las tentaciones que le susurraban por sus oídos. Las miradas se agudizaban y las mujeres de su trabajo, según él se sentaban mal. Por más que desviaba la mirada podía ver sus ropas interiores. El individuo luchaba contra sí mismo y trataba de controlarse. Le era infiel a su esposa en los sueños, en el trabajo, por la calle y en sus pensamientos; había sido infiel millones de veces.

Su esposa fue a recogerlo a su trabajo y entró por la oficina del despacho. Dulce María era una mujer con pelo largo, una falda que le llegaba a las rodillas, y unos ojos cafés. Estudiaba a cada una de las empleadas y los celos la consumían. Dulce era de las mujeres creyentes que pensaban sobreproteger su matrimonio. La noche anterior le dijo a su marido: "Por orden de Dios vamos a diseñar unas reglas para reforzar nuestra vida marital".

Ante los ojos de la iglesia, ellos eran la pareja perfecta. Ninguno se perdía la misa los domingos y estaban en los grupos de la parroquia. En la mente de la mujer no había cabida para una separación. Divorciarse no era una opción porque le daba vergüenza pensar que su matrimonio sería un fracaso. Esperaba en la puerta para dialogar con Rodrigo.

—Los días de ver a cuanta mujer se te antoja han llegado a su fin. He hecho un contrato nupcial que se renovará cada diez años. El matrimonio es para siempre. Lo firmarás sin pensarlo.

Al llegar a su hogar, la esposa tomó trozos de su cabello, hizo una mezcla con pega y sangre. Terminaron con un pacto que Rodrigo debía seguir. Le explicó que se podía anular si ambas partes no cumplían. Ella buscó papel y con su dedo índice escribía las siguientes reglas:

1. No dejarás la tapa del inodoro alzada, ni sucia.
2. Te acostarás a la hora que yo me vaya a dormir.
3. No adulterarás.
4. No acodiciarás
5. Cocinarás cuando yo lo quiera, no cuando tú digas.
6. Haremos el amor de varias formas sin tener que llegar a la monotonía.
7. Amarás a tu mujer como a Dios mismo.
8. Harás parte de la limpieza en la casa.
9. Buscarás la manera de complacerme.
10. No te volverás barrigón.

—¿Hay una regla número once? —pregunta Rodrigo. —Sí, pero dice bien claro en letras pequeñas abajo.

Véase en caso de anularse por ambas partes. Dice así, escogeré a mi

\*Actuarás como mi mascota favorita en caso de intentar anular el contrato. En lo peores de los casos podremos actuar como perros.

Hastiado con el contrato se le olvidó leer la última cláusula porque las letras estaban diminutas. Sabía que podía ser una trampa, pero no le importó porque iba a buscar una forma de anularlo.

Revivió los años de noviazgo, ella se hacía la mosquita muerta. Al principio era color azul porque rosa nunca lo fue. El amorío entre ambos no fue uno normal porque el novio tenía que complacerla el noventa cinco por ciento. Maldijo la hora en que contrajo matrimonio. "Todo es complacerla a ella y a mí que me lleve el Diablo. Maldita sea, esta mujer se parece a Hitler". Lamentaba haber aceptado ese contrato. Él sabía que no debía echarle la culpa; Rodrigo, enfermo de las influencias provocadas por la iglesia quería solucionar su problema. Compró unos libros para que recapacitara, eso empeoró su matrimonio.

Uno de esos días mientras limpiaba, Rodrigo tenía el delantal blanco y negro puesto, fastidiado le preguntó que de dónde había sacado las reglas. Su mujer movió el pelo a la izquierda y con sus ojos cafés observaba con seriedad.

—Es muy sencillo, hay una autora llamada Yolanda Pizarro y escribió un cuento en donde cada diez años las parejas se cambian. Ella aboga por los derechos y la igualdad de todos los géneros y modifiqué sus reglas. Alterado su esposo, arroja el delantal.

—¡No me digas, si el papa te dice que te mates, ¿lo harás?

—No me grites, sabes que te ira muy mal si se enteran en la iglesia o los vecinos.

Al par de minutos, salió por la puerta enojado y decidió ir a las tiendas a despejarse. En el centro comercial dialogó con una vieja amiga.

—¿Qué ha sido de tu vida? ¿De tu matrimonio? Diantre, Rodrigo, desde que te casaste te tienen comiendo maíz y has olvidado tus amistades. Ya van casi cinco años que no sé nada de ti —le dice su amiga.

Mostró incomodidad al dialogar acerca de su vida matrimonial, aunque comentó.

—Es que tenemos un acuerdo y no se puede romper. No quiero pasar una vergüenza. Son los hermanos de la iglesia, entre tantas influencias.

Luisa levantó su mano y la puso en el hombro derecho de su amigo. Esta le dijo que cualquier acuerdo se podía romper con una excusa razonable.

Luego de la conversación una valentía infló su pecho. Este pensó: “Voy a disolver ese contrato. Sacaré una excusa razonable para zafarme. Tengo que pensarlo, aunque con ella la vida económica es sencilla”.

Por los viejos centros comerciales de Guayama él caminaba y se sentó en la plaza a escuchar el sonido de la fuente. Los pájaros contentos silbaban y él respiraba aire fresco. “No soy un perro con un collar, aunque eso es lo que me falta. Claro, cómo no se me ocurrió”.

Su primer año de casado fue espléndido. A cualquier hora tenía sexo y su mujer se complacía fácil.

Estuvo una hora hablándose a sí mismo. No era su culpa haberse casado sin haberlo pensado. Tampoco era un pecado desear a mujeres hermosas ni verlas como supermodelos. Diseñó un plan para anular el contrato nupcial lo antes posible.

Había una mujer llamada Boya, quien en el trabajo se la pasaba coqueteándole. Era una mujer con caderas amplias y senos extra grandes, le pasaba por el lado con picardía. La mujer sabía que estaba casado, aunque no le importaba. La llevó a un hotel barato en Salinas llamado *Motel Inn*. Él pagó cuarenta pesos por ocho horas. No se escondió, quería

que su mujer se enterara de su infidelidad.

Dulce María, enojada, se enteró que su esposo le había sido infiel y sabía que su esposo lo había hecho por tratar de romper el contrato. Ella buscó a un hombre llamado Paco para serle infiel a su cónyuge. Le habló.

—¡Ay Paco!, Qué clase de macho eres. No como el impotente de mi esposo que por na' termina. Oye, ¿de quién es esa foto frente al espejo?

—Esa es mi exesposa que vive cerca del vecindario. Quiero decirte que cuentas conmigo a cualquier hora. Hago lo que desees —Paco desvía la conversación.

Rodrigo sentía una conexión sexual con Boya, aunque no era amor y quería diluirlo. Dulce asistía a la iglesia para olvidar lo sucedido. Después de la misa terminaba con Paco. Dulce María sobreguardaba la imagen de un buen matrimonio. Lo hacía para lucir bien delante de los demás.

Un domingo cuando salían de la misa, la mujer observaba a Paco con su exesposa acaramelados en la plaza pública. Ambos se reían y cuando Paco besó a la mujer, a Dulce María se le subió la presión. Al ver a su amante darle muestras de cariño a otra no soportó el enojo. Pensó que Paco era honesto. Rodrigo sintió dolor en su mano porque su esposa lo apretó fuerte. Se sentaron cerca.

—Hola Paco, ¿qué haces por ahí? ¿No me dijiste que ibas a Santa Isabel?

—¡Vámonos, amor! Esto me huele a problemas — dice Paco.

—Eres la esposa de Rodrigo —se comunica Boya— ¿No te ha dicho lo bueno que fue tener sexo el amor? — vociferó la mujer de Paco.

—¿Qué dices? —Dulce espera una respuesta.

—Lo que escuchaste, mientras dormías con Paco, yo lo hacía con él tuyo. Paco y yo tenemos una relación abierta y podemos dormir con quien nos dé la gana. Siempre y cuando me diga con quién lo ha hecho. Se levantaron y se fueron.

La esposa furiosa llamó a su marido y le exigió una explicación. Dulce María enojada justificó porque debía existir un contrato. Ella trataba de desquitarse con su marido. El esposo se aprovechó de las circunstancias. La amenazó con lo siguiente:

—Me importa lo que hiciste con ese hombre, aunque ambos fallamos. Hicimos un contrato, ¿verdad? Significa que está nulo y para poner un orden haremos lo siguiente. La nueva regla será que, si no quieres pasar la vergüenza de divorciarte, porque no lo quiero así, actuaremos como

perros y tendremos collares. Aunque te toca a ti por los próximos diez años.

—¡Pues no, señor! La regla número once establece que si el contrato es nulo tendremos que de ambas partes actuar como mi mascota favorita.

—¡Qué inventos son esos!

—Tú firmaste y no quieres pasar la vergüenza de divorciarte. ¿Qué le dirás a tus amigos, al sacerdote? ¿Qué pensará la gente?—le dice Dulce María.

Sin decir una sola palabra el hombre inhaló aire y se resignó a no discutir más. Vio una tienda artesanal por los alrededores. Compraron dos collares con unas insignias. El nombre de perro de él sería *Doki* y el de su mujer, *Lucy*. Ellos se pusieron en cuatro patas y se pasearon por la plaza. Dos señoras los observaron.

—¡Qué pareja más bonita, eso sí es amor! y les queda amarse en las enfermedades. Yo que pensaba que cuando mi esposo actuaba como un mono eran exigencias mías. Suspiró su otra amiga y le contestó.

—El matrimonio está lleno de ocurrencias.

## Capítulo 5

### ***Un ciclo, un revés***

#### **a Sonia Seda**

Había soldaditos verdes en su residencia. Varios días antes una mancha negra se apoderó de su hogar mientras limpiaba. Rafael Limbio recordaba el aparatoso evento. Ese día él estaba sentado en la cama de su cuarto. Cuando apreciaba su recámara espaciosa que tenía unas cortinas rojas con un televisor de alta calidad, se sentía orgulloso al ver como su hogar estaba recogido sin ningún alboroto.

Por la mañana, el hombre, sin falta, seguía una rutina muy importante. A las ocho motivado contaba los escalones, comprobaba si la puerta estaba cerrada, guardaba los objetos innecesarios y ponía los vasos junto a los utensilios en orden.

Sin apuros entró al baño y observó los alrededores de las paredes. En su régimen de limpieza implacable, seguía unos procesos: ojeaba, el inodoro, sacaba la suciedad y restregaba dos veces las losetas por si había dejado manchas.

Todos los días, a la misma hora, inspeccionaba las paredes. Rafael intentaba eliminar a los microbios que no se veían. Elaboró una segunda rutina para reforzar la limpieza. Después de levantarse, él ponía agua caliente, con *Clorox*, y mapeaba con gusto.

Terminó su faena. No fue suficiente para él porque dio comienzo a la tercera ronda de limpieza. En su baño las losetas tenían que brillar. Se decía que reflejaban el esfuerzo de su trabajo. La obsesión de Rafael lo llevó a no soltar el mapeo hasta sentirse conforme.

Al día siguiente, sorprendido tropezó con un gran problema. Un hongo negro quería apoderarse de la habitación. El señor Rafael Gutiérrez fue al supermercado y se enojó porque no tenían productos de limpieza decentes. Cinco minutos después, agarró los productos con la esperanza de eliminar la mancha.

—¡Maldito hongo infeliz, morirás! Mi casa es sagrada —se habla así mismo.

Antes de anochecer restregaba la suciedad, mientras más limpiaba más se expandía. Su novia llegaría pronto a cenar y trataba de apresurarse.

Al culminar de restregar, le preparó arroz blanco con habichuelas y pollo guisado a su enamorada. Cerró la habitación para que su novia no viera la

mancha negra. Conversaban de los futuros planes que tenían. A la hora de comer ponía los utensilios derechos. Su compañera los desordenaba. Ella le habló.

—Rafael, hemos hablado de esto. No has ido a tus terapias.

—Estoy bien, corazón.

— Voy al baño — le dijo su novia.

—Claro amor, cuando vayas no lo dejes sucio. Tendré que dejarte por no seguir mis directrices —se río.

—Por mí me puedes dejar —contesta ella—. Te he dado oportunidades demás.

Clorel ofendida por su comentario cerró la puerta. Había sido su novia desde hacía siete años. En el baño recordó una pelea del año anterior. Fue una de esas noches cuando iban a tener sexo. A su novio se le ocurrió decirle que se bañara antes de hacer el amor. Su novio le especificó que tenía que eliminar los microbios de su cuerpo. Las exigencias le quitaron las ganas de tener relaciones con él. Salió apresurada del baño, desechó el papel en el zafacón, aunque con el apuro se cayó al suelo. Al rato, el hombre peleaba con su pareja por haber encontrado el papel tirado por el suelo. Ella se enfadó.

—¡No te soporto! ¡Eres un compulsivo con la limpieza! Esta es la última vez que estamos juntos —cerró la puerta de la entrada principal con deseos de quebrarla.

Por los días siguientes, el hombre se concentró en sacar la mancha negra sin importarle que había sucedido con su novia. El hongo negro se esparció. Llegó a la conclusión de que mientras más lo restregaba, más se expandía. Comenzó a hablarle.

—¡Maldito hongo del infierno! No me vas a derrotar. Por qué no desapareces.

Una voz se escuchó: *Voy a invadir la residencia. No nos dejas vivir en paz. También merecemos vivir. No descansaremos hasta volverte desquiciado.* El hombre no aguantó ni un segundo más los insultos hechos por el microbio. Al culminar de restregar, echó a un lado los desinfectantes de limpieza porque no solucionaban nada. Se quedó dormido en el sofá.

Al despertar miró la cocina, los gabinetes poseían mugre y la nevera tenía limo. La mugre se ría a carcajadas. Decía: *Rafael Limbio, nos hemos apoderado de tu morada, eres parte de nosotros.* No podía ver lo que veía. En una línea recta había soldaditos de patógenos preparados para

atacarlo. Eran verdes con uniformes grises y azul claro. Entre ellos una vestimenta se distinguía de las demás. El general tenía unas insignias con diferentes rangos de microbios. Se distinguía por ser un buen general. Algunos de ellos eran: conquistador, buen estratega y héroe de la última guerra *microbiana*. En los hombros poseía cinco estrellas. Escuchaba el nombre del general, Sin Tierra.

—Ataquemos a este ser que no nos deja vivir en paz.

—¡Los quemaré a todos! ¡Han dañado mis enseres! — le gritó el dueño.

—Mereces vivir rodeado de gérmenes —alegó el general.

Rafael fue a la covacha y agarró su martillo para romper sus enseres. Echó desinfectantes en la cocina luego de destrozarlo todo. A la diez de la noche, decidió ir a la cama porque se sentía agotado y no resistía el cansancio provocado por sus enemigos.

Despertó por la mañana, asustado porque sintió la funda húmeda. Encontró suciedad en las sábanas al encender la luz. Agarró un papel de periódico, un encendedor y quemó algunos soldados. Su cama se encendió minutos después, eso provocó que un hoyo negro rompiera su lugar de descanso. Se escuchó una advertencia.

—¡Despejen el área, repito, despejen el área! ¡Hay peligro, regresen a la base! —pronuncia el general Sin Tierra.

Al mediodía el hombre tuvo que desechar las camisas, sus pantalones porque tenía una sustancia viscosa. Veía los soldados en los aires, tenían aviones de mugre y le disparaban. Se escondieron para sacar su arma mortal.

Rafael había matado parte del batallón de los microbios. Al rato buscaron una estrategia que los hiciera ganar la guerra.

Decidió regresar al supermercado a comprar productos de limpieza una vez más, para eliminar a los soldados. Cuando llegó fumigó el químico por la casa. No le funcionó matarlos. Se sentía hastiado y compró una mecha de fuego. El general Sin Tierra decía las últimas palabras.

—No es nuestro fin... Saquen nuestra arma secreta.

Salió un soldado especial y su misión era tirar la bomba llamada L.O.C.U.R. Rafael Limbio agarró el avión y lo aplastó. Se deshizo en sus manos y al culminar sus enseres estaban calcinados.

Varios días pasaron, Rafael Limbio visitó la mueblería Martínez. Tenía que comprar nuevos enseres. Luego de la batalla ocasionada por las mugres

decidió virar los enseres al revés. Movi6 su cama para la sala y los sof6s para el cuarto. quer6a un nuevo estilo para su casa. Se dec6a a s6 mismo que su cama deb6a estar colgada en el techo. Acomodo los sof6s arriba el techo tambi6n.

Al par de meses, cambi6 las bombillas para el piso y hac6a lo necesario para que alumbraran. Las plumas, la estufa, los gabinetes los puso al rev6s y decidi6 poner la puerta boca abajo. En el ba6o prosigui6 con el mismo proceso; la ducha estaba en el techo de la ba6era para que el agua saliera distinta.

Despu6s, com6a extra6o, se cepillaba de otra manera e invert6a las palabras. Caminaba de un lado a otro y regresaba a la sala. Entonces, comenz6 a contar con los dedos, a conversar solo y se com6a sus u6as. Se dec6a a s6 mismo.

—iQu6 diablos!, si lo que me falta es caminar al rev6s, pues ahora estoy completo.

Cerr6 la puerta de la sala y el general Sin Tierra sali6 y organiz6 a los soldados con los aviones para hacer un contraataque. Los tanques de guerra se preparaban para desfilan por el hogar. Habl6 el general sin Tierra por su radio port6til.

—La misi6n ha sido perfecta. Ahora viviremos en paz. Repito, ha dejado de limpiar con su nueva obsesi6n. Podemos proseguir, repito, podremos vivir en paz. Cambio y fuera.

## Capítulo 6

### **Mamá, los vecinos escuchan**

*¡Bochinche, bochinche! Esta gente no es capaz de hacer sino bochinche.*

### **Francisco de Miranda**

Nadie lo sabe, ni los vecinos se lo imaginan. En la vecindad Lauret el bochinche es el sustento diario de los inquilinos. Unos gritos aumentan y estos salen como rayos de luz por las ventanas. La adolescente gritaba.

—¡No aguanto ni un minuto más!

Algunos salen a averiguar lo sucedido y desean saber cuál es el problema. Muchos no desean pensar en el martes pasado, cuando en la esquina del cuarto 366, Ramón se privó de su vida. Las imágenes frías se les quedaron en sus memorias porque vieron a su vecino con una soga por el cuello y no fue una escena agradable de digerir.

Unos días después, la inauguración del complejo daba comienzo. Los edificios están remodelados y la gente olvido lo sucedido. Los residentes vociferan llenos de orgullo porque les han arreglado su caserío. En la habitación 327 hay una familia, quienes los viernes se encierran a orar, a leer la Biblia y no faltan a la iglesia. En cada familia hay una distinción que los diferencia de los demás.

\*\*\*

Sus vástagos han crecido, ellos son parte de la generación tecnológica. Los viernes asisten con su mamá a la iglesia. Les aburre la rutina de los feligreses. Ante de asistir al templo, la familia recibe el día santo. Los jóvenes saben que como adventistas deben santificar el sábado. Wilnette Segarra, la hija mayor, se sabe de memoria que Dios creó la Tierra en seis días y santificó el séptimo día. Luego su mamá, esconde los controles, les quita los celulares y desconecta el internet. Solo está permitido leer el material de la iglesia como: la matutina o leer la sagrada Biblia. Su madre va al cuarto de su hija.

—Hoy es el día santo del Señor. Cuantas veces debo decirte que no hay Ipods, o música, ni televisión —habló su madre Nancy.

—¿Por qué debo celebrar eso? Soy joven y mis amigos no lo hacen — su hija lo dijo enojada.

—¡Wilnette Segarra, no blasfemes los mandatos de Dios! Elena White nos enseña lo importante que es guardar el sábado. Desde pequeña vas al templo y no debes dejar de asistir.

—No quiero ir, es mi última palabra. Además, ¿Por qué debo creerle a una mujer que recibió una pedrada en su cabeza? ¡Dime, mamá! ¿Acaso la salvación no es individual?

—No vayas en contra de la palabra de Dios. Verás que recibirás un castigo por tus actitudes.

—¡Qué Dios haga lo que se le venga en gana!

Wilnette cierra la puerta, enfurecida mientras su madre se va a una esquina a orarle al Señor.

Al cumplir los dieciocho, la adolescente consigue un trabajo en una farmacia y logra llegar a un puesto de gerente. Sus padres continúan con sus costumbres. Mantenerse fiel a su Dios es lo primordial. Su hija asiste a la iglesia para no escuchar las reprimendas de sus padres. Víctor, el hijo del pastor, se acerca a Wilnette. Dialogan.

—Eres preciosa. Porque no planificamos salir por ahí. Mi esposa está de viaje en Brasil. Tenemos la vía libre y no llegará hasta la próxima semana.

—Deja que mis padres se duerman como a eso de las doce. Salgo por la ventana ni cuentan se dan. Lo he hecho muchas veces —le afirmó al joven.

\*\*\*

Fueron a un negocio nocturno, bailan por entre medio de la gente y beben tragos fuertes. Ambos rozan sus cuerpos, ella siente la erección de su compañero. Unos deseos se apoderan de la joven pues lo mira por unos segundos y le acaricia el pelo. Víctor entusiasmado saca dos píldoras de su bolsillo. Wilnette despierta en algunos momentos, escucha borroso, pero la droga del amor intensifica su orgasmo.

Al acontecer los meses, la joven se vuelve adicta a los negocios nocturnos. No se protege al tener relaciones. Ella siente un despertar como si hubiera descubierto la verdadera razón de vivir. Después de todos esos años perdidos en la iglesia no le importa seguir un dogma religioso. Al no sentir culpabilidad se siente libre. Llega a su casa, se pone maquillaje para disimular sus ojeras y sus padres inatentos no ven la

realidad.

Por la mañana, su madre se pone una falda negra, camisa blanca y una corbata. Dos sábados al mes funge como diaconisa. Ella canta cánticos al Señor con la mejor hipocresía del mundo. *Quiero cantar, cantar, quiero gritar, gritar, gloria Dios. Si al cielo quieres ir tú, tienes que darle gracias a Jesús. ¡Quiero cantar, quiero, gritar, gloria Dios!* Su madre le da instrucciones a su hija.

—¡Avanza o te quedas! — Su madre suspiró desesperada.

—No voy a ir. No deseo adorar al Dios aburrido que se sienta en el cielo. Vete adora a tu Dios de palito — le respondió su hija.

—No te conozco. Tú ibas desde niña a la iglesia del Señor. Te vas a perder. No hagas esto. ¡Cristo viene pronto! Yo quiero verte en las filas de la segunda venida. Avanza vístete —insistió su madre.

—¡Tú lo has dicho! Fui a la iglesia por manipulación, y ese Dios imaginario jugó con mi conciencia. Las religiones se encargan de lavar cerebros y si eres débil te lo crees.

—¡Dios reprenda al Diablo! No lo dejes que te consuma.

Nancy bofetea a su hija minutos después. No soportó las palabras que sonaban como blasfemias. Sin discutir con su progenitora la adolescente opta por continuar con su rebeldía.

Un sábado a eso de las 3:00 p.m, se escucha el ruido en el sofá. Heriberto, el padre de Wilnete, entra al hogar. Ve a un desconocido con los pantalones hasta las rodillas y los pantaloncillos a media mitad. Observa los movimientos del desconocido. No sabe cómo proceder con la situación.

—¿Qué haces?

—Nada, papi. Él se va a ahora mismo —ella inventó una excusa.

—¡Que sea la última vez que traigas a un hombre a la casa! Ese es el sofá donde leo la Biblia. —pronunció enojado.

Sus progenitores no aceptan la realidad. Ante sus ojos la niña no ha crecido y los diálogos sobre las relaciones sexuales no se dan porque es un tabú. La castigan por unos días, aunque ella se escapa por las madrugadas.

\*\*\*

Desde el primer mes de gestación, la adolescente comienza a ir al gimnasio. Algunos días crea enfermedades creíbles para no salir de su cuarto. Usa maquillaje para disimular las manchas, se pone una faja crema y ajusta el abdomen. Disimula su talla ancha con un tamaño más grande de ropa. Dentro de su vientre esconde su verdadera realidad. Ignora los cosquilleos, aunque se intensifican. Se la pasa pensando en cómo solucionar su problema. *Lo puedo dejar tirado en una puerta. No, eso no alguien me puede ver. Claro, puedo echarlo al zafacón o esconderlo en el guardarropa, pensó ella.*

Por varios meses, nadie se da cuenta de lo sucedido. Sus padres no sospechan nada porque su vida involucraba servirle a la iglesia.

Los últimos días de gestación, ella actúa normal y se mete en un plan de perder peso para no dejarse ver. No se alimenta bien. Se induce vómitos y toma laxantes fuertes para eliminar a la criatura. También evita ir a la iglesia. Su cuerpo no resiste mucho porque va al baño con más frecuencia. Siente agua bajar por su muslo, luego de culminar con sus necesidades fisiológicas. Un dolor intenso se apodera de su abdomen.

Asombrados por los gritos, los vecinos se alarman y quieren averiguar qué sucede. Llegan sus padres.

—¿Qué te pasa mi niña? —preguntó asustada su madre.

—Tengo un dolor por los ejercicios que hice hoy. No quiero ir al doctor. Sabes me tomé un antibiótico y estaré bien.

—¡No!, vienes conmigo ahora! —insistió su madre.

Los gritos se intensifican. Luis Valdez, el hombre más bochinchoso del vecindario, va averiguar. Esta toca la puerta de la familia Segarra.

—¿Qué le pasa a su hija? —preguntó Luis

—Ella tuvo un descaste físico, pero estará bien. La verás mañana —mintió la señora.

Luis Valdez se va pensativo, comienza a especular. Se encarga de regarlo por el vecindario.

—Esto me huele a que el huevo lo sazonaron —le chismeó a Rafael.

—Claro que sí, después de los machos que esa chamaca metió ahí, estoy

seguro de que viene una cajita feliz —añadió otro vecino.

Preocupada por los feroces gritos, la madre va al cuarto una vez más. Le pregunta qué le sucede. Su hija continúa con las quejas.

—¡Wilnnete!, ¿Por qué está tu ropa manchada con sangre? ¿Qué sucede aquí? —le cuestiona la madre. —Mamá, no es nada. Es la menstruación y los vecinos escuchan. Baja la voz.

—¿Qué tú me dices? ¿Qué es la menstruación? ¡Está saliendo una cabeza de tu vagina! ¡Estás pariendo!

Van de camino al hospital, después del parto, ella les explica que se puso una faja y quiso actuar normal. Les dijo que le daba vergüenza porque le importaba los comentarios de hermanos de la iglesia. No quería que supieran lo sucedido.

Al próximo día, Luis Valdez le pregunta a la mamá de Wilnnete.

—Oiga, ¿y descubrió que le pasó a su hija?

—Ayer mi esposo y yo adoptamos a una niña de Venezuela —alegó la mujer.

Luis Valdez camina con ajoro, tiene los detalles para chismear con sus amistades. Llega la joven a la casa, la familia cierra su puerta despacio y escuchan las palabras de Valdez.

—Hoy llegó la niña de Wilnette y su padre es de Venezuela.

## Capítulo 7

### El museo de los grandes elogios

*El que tiene imaginación, con qué facilidad saca de la nada un mundo.*

#### Gustavo Adolfo Bécquer

Había encontrado sus juguetes antiguos. Soplaba el polvo de sus pertenencias. Recordaba una conversación con su padre.

—Papi, ¿cuándo jugarás conmigo?

—Ahora no, Timoteo, estoy ocupado con las ventas navideñas. Trabajo en un nuevo juguete. Además, pronto me iré de viaje. Te daremos otro regalo este sábado.

—Eso dices casi todas las veces al irte de viaje.

—Hijo mío, algún día heredarás este negocio y comprenderás.

—No quiero la fábrica, quiero irme con ustedes.

Al pasar los años, el niño se convirtió en un hombre. Tenía pelo largo, y era delgado, como su padre. Ojeaba el periódico, le habló a su empleada.

—Búsqueme café con pan. Te doy tres minutos para complacerme —le exigió Timoteo.

—Aquí lo tiene, señor —a los dos minutos le trae el café y las tostadas.

—¿Tú llamas a esto café? Eres una buena para nada, total, no sirves como empleada.

Luego del insulto, la señora Florens se encerró a llorar en su oficina.

Todas las mañanas, el señor Mendoza se vestía con el gabán negro, corbata azul y pantalón crema. Miraba el almanaque, le quedaban dos días antes de que fuera Nochebuena. Frente a su puerta tenía a un *Himan* diseñado por él. Pensó en en su niñez cuando usaba su imaginación, aunque no deseaba revivir el pasado. Observó los juguetes viejos que le habían regalado sus padres y no sabía si arrojarlos a la basura o quedarse

con ellos.

Al día siguiente, le llegó un paquete envuelto como un regalo. El mensaje le indicaba que lo abriera lo más pronto posible. Era una caja verde con un lazo negro. En la envoltura decía: *Lo que has olvidado*. Lo tomó y lo echó a un lado. No le importó averiguar el contenido y se animó a gritarles a sus empleados.

—¡Ustedes, carecen de motivación! ¿Debo decirles cómo trabajar? Este año sobrepasaremos las ventas de años anteriores. ¡Les advierto que no habrá un día libre, sino terminan lo antes posible! —vociferó el dueño

Timoteo Mendoza heredó la fábrica de juguetes. Su compañía vendía los juguetes más codiciados. Entró a su oficina, para su sorpresa, encontró allí el paquete que había dejado en su hogar. Escuchó: *Lo que has olvidado*. Lo tiró al zafacón y se fue apresurado a su casa.

Regresó a verificar si el regalo estaba donde lo había puesto. En la mesa vio el obsequio, lo abrió y le sacudió el polvo. Las partículas no lo dejaron observar y al abrir los ojos se encontró frente a un monumento. El obsequio era una manera de llegar a un lugar desconocido. Observó sus alrededores, vio una estatua que era negra, con pelo largo, ojos chatos y nariz perfilada. Observó un letrero que decía: *Bienvenido al museo del olvido*. Averiguó por los alrededores y descubrió viejos juguetes tirados en el suelo, cuadros sin ningún color. Dedujo que estaba en un museo antiguo.

Durante su recorrido, observó a unos personajes y sabía sus nombres: *Hombre Televisión, los Indios Ica y el Caballero Oscuro*. Observaba la versión mejorada del Caballero Oscuro que perseguía a unos delincuentes.

Al rato una estatua se convirtió en un ser humano. La mujer arreglaba parte de su cabello. Timoteo, asustado, no le contestó porque su forma amarillenta lo perturbó; le hacía recordar a un animal. Continuaba su recorrido sin decir ni una sola palabra. La persona gritó su nombre para que le prestara atención, hasta sabía su apellido.

—Timoteo Mendoza Gómez, ¿acaso se te olvidó que tú nos creaste? El museo tiene continentes, penínsulas y te abre las puertas a otros lugares. Entre ellos, el mundo de los diferentes planetas y la dimensión de los Icas; los indios salvajes que comen humanos a quienes tú mismo creaste —le refunfuñó la estatua.

—Déjame decirte que si hubiera creado este lugar, usted no sería tan amarillenta y con esa cara de orangután. Incluso, necesita una sonrisa y se ve que no ha tenido un hombre en años... Insisto que tengo mejor gusto. Si hubiera sido el creador, sería como los juguetes que diseño... con

estilo. Para tu información, soy un diseñador reconocido de juguetes. Significa que esto no lo hice.

—Pues veo que sigues siendo el mismo, aunque un poco más odioso. ¿Has olvidado todo? —le aconsejó la creación—. Trata de encontrarnos en tus recuerdos.

Desde los seis años, él comenzó a construir el Museo del Olvido. Creó una librería donde no se necesitaban libros, sino entrabas por una puerta mágica y una vez adentro los relatos se narraban por sí solos. Antes de recibir sus primeros juguetes, diseñó un museo con muchas entradas y salidas. Recreó un mundo cósmico con sus propias reglas. Cada zona tenía un mundo con algún invento ingenioso.

Caminó por las habitaciones, observó un letrero con el nombre de una de las entradas. Decía: *El Reinado de los Icas*. Abrió la puerta, era una amazona con caballos voladores blancos. Había mujeres con trajes hechos de hojas en la parte frontal y faldas de raíces, hechas de árboles. Llegó al mundo de los distintos planetas. Ahí había una civilización con partes metálicas mezcladas con vidrio. Llamó el lugar *el Cristalium*. El museo era el balance entre los mundos. Los inventos contenían figuras importantes y cuadros de seres creados por su mente. Sin embargo, cuando llegaron los regalos "Juguetes para Imaginar," empezó a olvidar sus creaciones. Arrojó a un lado su infancia al descubrir que se le obsequió sin ninguna enseñanza y puso su confianza en aparatos electrónicos. Regalo tras regalo su corazón se volvió apático y desolado. A los doce años sus progenitores le derrumbaron su inocencia.

—Queremos decirte, Timoteo, que Santa Claus y los Tres Reyes Magos nunca han existido, no te molestes en creer en esos cuentos —dicen sus padres.

—Bueno, como ellos no existen quiero dinero para comprarme los regalos —exigió Timoteo.

Ojeaba las invenciones, sin ningún tipo de sentimiento. No le fascinaba como antes. No recordaba ninguno de los nombres de sus juguetes. Comprendió que no regresaría a visitar el museo.

Martes por la mañana, tiró los juguetes al zafacón. Para Timoteo era el fin de sus aventuras. Había asegurado enterrar su creatividad. El regalo era un mecanismo para entrar al museo. Programó la caja y si otro niño se adueñaba de ella podía usarla. Decidió tirar sus pertenencias. Un niño llamado Ricardo Díaz encontró el valioso tesoro. Mientras el nuevo protagonista disfrutaba de su imaginación. El dueño anterior se volvió un adulto más sangrigrordo de lo que había sido. Había muerto su niño interior, ya no le quedaba ninguna sensibilidad humana.

## Capítulo 8

### **Bubarianas**

Despertó con las facciones de una mujer Bubariana. Se miraba en el espejo, no lo podía creer. Tenía los labios carnosos extra grandes y aretes cuadrados. Sus piernas eran cortas con mucha masa corporal. Eso provocaba que no pudiera mover las rodillas, ni los codos y su cara estaba cubierta de acné.

Caminaba por una zona espaciosa, se acercó al espejo y observó por unos minutos. El vestido que tenía era verde con unos diseños de mariposas. Tocaba su barriga porque no había tenido masa decaída en su abdomen ni en ningún otro lugar, eso la desesperaba. Sabía que se encontraba en un cuarto desconocido. Había muchos espejos por los alrededores. A través de los cristales una doctora explicaba los sucesos que cambiaron al mundo. La mujer deseaba romper la pantalla.

—Las Bubarianas son las mujeres de este siglo, ellas se llaman así porque aceptaron ser tallas anchas, visten estrambóticas y no son plásticas.

Al culminar la transmisión, la mujer tiró la silla contra el reflejo. Se enfureció al escuchar a la extraña.

—¡No puede ser, me veo horrorosa!

Agarró una silla metálica y la tiró con todas sus fuerzas. La ciudad de Buba se había convertido en un lugar para mujeres sin maquillaje y seres con inteligencia superior porque leían materiales fructíferos y no eran mujeres superficiales.

Desde hace muchos siglos, la doctora Bubash creó un antídoto llamado *Buttingsh* para combatir la anorexia social. Ser una Bubariana era aceptarte por quien eras. Ellas caminaban por la vida con sus trajes verdosos, sombrillas negras, sin ningunas preocupaciones, y cumplían sus deseos. En el siglo anterior, caminaban con la cara decaída, extra delgadas, maquillaje blanco, pantalones pegados y una sonrisa que escondía su identidad. Gracias a la doctora eso había quedado atrás.

Mucho antes de haber encontrado una cura. La Tierra había propagado una enfermedad por el mundo. Las mujeres dejaron de comer y desearon vivir la vida como las revistas: *Glamorosas*, *Cosmopolitas* y *TVguiosas*. Comenzaron a imitar los consejos glamorosos, a vomitar, a

tener sexo y caminaban Bubolosas pensando ser mujeres inferiores.

Al pasar el transcurso del tiempo, las revistas dejaron de ser impresas en papel, sino que la información fue remplazada por un holograma. El nuevo contenido iba directo al cerebro. Las mujeres juntos a los hombres no distinguían la realidad ni la información enviada a su encéfalo. Una voz se escuchó a través de unas bocinas una ve más.

—Eres Andrea Binavoch, ¿no recuerdas tu nombre?

—Me haz convertido en una de esas. —conversó rápido—. Deseo ser como antes. Esto es un insulto a mi dignidad humana.

Minutos después, la doctora con una sonrisa alegre sacó una aguja que tenía una sustancia azul. La mujer vestida con un uniforme blanco dijo su nombre: *Soy la Dr. Bubash*. Ella buscó dos jeringuillas más las cuales tenían distintas sustancias. Los colores eran rojo y blanco. Le explicó que cada una podía ser la cura a su obesidad. Andrea tomó una desesperada .

—¡Cuidado!, no sea que vayas a tomar la equivocada. ¿Deseas ser como antes? Una mujer perfecta sin estrías, plana y bella. Esa fue una mentira vendida en el siglo XXI para hacerle creer a las mujeres lo imperfecta que eran.

—¿A qué te refieres?

—Estamos en el siglo setenta y las mujeres Bubarianas dominan este mundo.

En aquel entonces, comenzó el evento apocalíptico y las mujeres pensaban en como conquistar a los hombres, en consejos de sexo, adelgazar y cómo disfrazar la edad. No faltó un buen maquillaje en sus cachetes ni mahonés ajustados. La enfermedad se apoderó de sus conciencias. Sucedió una crisis mundial.

Entonces creció la enfermedad como una mugre y mataba a los hombres Bubolosos, quienes eran los hombres en la época del sigloXXI. Los seres humanos restantes tuvieron que ser congelados porque empezaron a morir. La plaga era difícil de eliminar. La doctora intentó convencer a su paciente para que recapacitara.

—No recordarás esa catástrofe porque la enfermedad se ha encargado de borrarla. Las tres medicinas son para enfrentar tu padecimiento. Estamos en la etapa uno donde aceptas tu nueva forma, si escoges bien podrás salir a la sociedad. Una vez pases estás pruebas serás libre.

—Déjeme ser libre. Quiero ser flaca, bella y no poseer ni una pizca de

grasa.

—Tu vida está sobre la mesa. Te puedes liberar de una buena vez o mueres.

Sin ninguna emoción la Dra. cerró la puerta del laboratorio y no le explicó cuáles eran las diferencias entre las medicinas. Cada una tenía nombres raros. La roja se llamaba *Buflac*, la azul era *Busgor* y la blanca *Bushliber*. Ella no entendía el significado de ninguna porque solo recordaba ser glamorosa.

A través de los espejos la Bubariana se miró. Le desagradaba los labios grandes, caderas voluptuosas, estómago redondo, pelo rizo, ojos cafés y senos extra grande. Su conciencia no quería borrar lo que había aprendido. Las tres medicinas parecían tener una cura, aunque pensaba cuál era. Lo pensó por unos minutos. Una gota de sudor bajaba por la frente, sus axilas se, mojaron y su nerviosismo no la dejaba escoger la correcta. Deseaba solucionar su problema por eso tomó la primera. Escogió el color rojo porque ese había sido su color favorito y las palabras se parecían a la definición de flaca, optó por esa. Escuchó la voz de la doctora.

—La especie toma una decisión y el experimento comienza, veremos cómo trabaja bajo presión.

Por las venas de Andrea recorrió el líquido rojo, sentía una quemazón en sus vasos sanguíneos. Observó si había cambiado. Ella gritó fuerte y maldijo. Al par de segundos, sus piernas estaban pesadas, los ojos hinchados, el cuello grueso y las caderas distorsionadas. Su voz sonó profunda.

—¡Maldición, que maldito son ustedes! Estoy más gorda, fea, apesto y no sirvo para nada.

Escuchó por las bocinas unas palabras:

—Te equivocas, eso lo aprendiste con la basura que leías y lo que sintonizabas en las noches. La televisión, la radio y comedias baratas que relajaban a la gente gruesa. Son los gusarapos de las grandes compañías que le vendieron a la sociedad.

—¡Mientes, quiero ser flaca, tan flaca para tener a los hombres a mis pies!

—Niña tonta, te estoy dando un regalo para que seas diferente. Una vez pases por esto, estarás agradecida que te salve.

Tomó la siguiente inyección llamada *Busflac*. En unos instantes, la grasa desapareció. Al mirarse notó que había llegado las 135 libras, ese era su peso ideal. Los huesos del costado comenzaron a notarse, la cara decayó y las orejas se asemejaban se parecían a las de un burro.

—¿Qué diablo es esto? Deseo es ser flaca.

—Eso fue lo que aprendiste y reflejas lo que eres. Los congelamos para salvarlos. Debes reaccionar porque viviste una mentira. Tienes ahora ciento veintidós años y has muerto setenta veces. Ustedes son como hombres glamorosos, quienes van hasta las últimas consecuencias.

—Prefiero morir, el químico en la jeringuilla sigue comiendo mi masa corporal.

Un gusano largo se propagó por su piel, este comenzó a comerse el cachete izquierdo. En los brazos cientos de ellos comenzaron a brotar. Al mirarse, notó los huesos en la parte frontal y su cabeza enseñaba su estructura esquelética. En sus piernas había sanguijuelas incrustadas. Intentó despegarlas y continuaban alimentándose.

—¡No lo hagas! ¡No te mates! ¡No volveré a resucitarte! —le advirtió la doctora.

—¿Dame una razón para no inyectarme la última?

—Nunca has sido libre...Buscabas en esos consejos llenar un vacío, junto a la chatarra comercial, y propaganda superficial. Cuando seas Bubariana comprenderás.

La doctora esperaba que Andrea tomara la decisión correcta. Andrea no sabía qué decisión tomaría, ya no confiaba en la doctora, pero se inyectó. Se aceptó como ella era. Lo comprendió al inyectarse la última dosis. Una felicitación se escuchó.

—Bueno, te has liberado. Pudiste desechar la basura de siglo XXI. Por cierto, esta nueva época ha logrado borrar muchas diferencias. Si deseas información ponte este dispositivo cuadrado y sabrás las historias en segundos.

—Gracias, doctora.

—Te dije que me darías las gracias, ahora vive la vida verdadera, la cual nunca tuviste.

Andrea Binavoch caminaba por las calles de Buba, con la sombrilla negra y sus zapatos pequeños, un traje negro mezclado con flores blancas. Llevaba un sombrero largo, sin maquillaje, y sabía que para ser una mujer

Bubariana había un solo paso. Debería vivir una vida sin estar en un estado vegetal donde las maravillas y los cuentos de hadas eran la mentira del jamás.

## Capítulo 9

### La píldora

Se tomó la píldora a eso de las 2:00 p.m. su físico cambió en un par de segundos. Decidió seguir lo establecido para volver a la normalidad. El señor Wolfgang acostumbraba llegar al trabajo a temprano en la mañana. Se sobó su pecho, sentía una molestia, pero lo olvidó.

Durante las primeras horas de jornada, el día estaba caluroso y el señor Wolfgang salía de su oficina para darle las instrucciones a sus empleados.

—Estos ineptos solo desean dinero fácil —dijo él.

Al hombre le gustaba sentirse superior a los demás. En su trabajo lo llaman el Hitler del tiempo. El señor Wolfgang era un hombre con una nariz larga, anteojos redondos, barba gris y su piel tenía manchas blancas. Poseía una chaqueta larga, sombrero negro, un bastón y guantes negros. Él se vestía con una camisa negra, pantalones del mismo color, cara seria, y les escribía amonestaciones a aquellos empleados quienes no cumplían con sus deberes.

Había despedido desde la semana pasada a cinco empleados por llegar tarde tres veces. Nadie se atrevía a decirle nada. Les dirigió la palabra a los obreros.

—¡Buenos días!, hoy ustedes van a trabajar como animales y no me importa si no toman su almuerzo. Esta fábrica de zapatos no es el número uno por casualidad. Otra novedad, he estado verificando el tiempo adicional, está prohibido por esta semana. No solamente eso, les digo que van a trabajar solo treintaidos horas, pero no se les pagará nada extra. Si alguno se ausenta o se queja, dígame adiós a su trabajo.

Se aprovechaba que la mayoría de los empleados eran personas sin ciudadanía norteamericana. Los individuos que iban a su oficina salían perturbados y desanimados. Había un cuadro, en su despacho, que llama mucho la atención y cada empleado lo miraba. Se trataba de una mujer con vestiduras blancas con los brazos extendidos en una roca y entre medio estaba un Jesucristo en una cruz. Mientras, dos ángeles sujetaban con fervor a su maestro y caía el crepúsculo. Los empleados se preguntaban por qué él poseía una obra de arte así; si él estaba muerto en vida, según los obreros. La secretaria entró para hablarle sobre el informe del mes. Las paredes empezaron a retumbar.

—Nuestros números están bajando por culpa suya — le habló a su secretaria. Se acuerda que fue su estúpida idea el contratar a personas sin papeles porque era más barato. Ahora tenemos una mezcla de mexicanos con puertorriqueños. Hemos perdido dinero por los errores al diseñar los zapatos. ¡Sabe qué, tenías que ser mujer! No sirve para estar en este trabajo de hombre

—Señor, Wolfgang, han sido veinticinco años de servicio y nunca me había tratado así. No soy uno de ellos. Recojo mis pertenencias y búsquese a otra que le aguante esos insultos —la mujer se enojó y se fue.

Una gota de sudor le bajó por su frente y su corazón se aceleró al mirarla. No podía creer como le había respondido. Respiró y le habló:

—¡Se puede largar, si quiere! ¡Déjeme decirle que en mis comienzos no estuvo aquí! ¡Es una empleada más! ¡Si sale por esa puerta, no regrese! ¡Aquí yo soy el macho: The one who takes care of business.

La señora Piet no cedió a sus caprichos y le refunfuñó unas palabras:

—Llegará una, quien lo pondrá en su sitio y me vas a extrañar. No volveré a pisar esta oficina, aunque me rogué.

—¿Buscarte?, ino sueñes, jamás pasará! —afirmó el señor.

A primera hora del lunes quería una suplente lo más rápido posible. Entrevistó a las candidatas y si no soportaban su tono de voz no las contrataba. Le dirigió la palabra a una mujer.

—¿Cuál es su nombre?

—Me llamo, Linda.

—Linda, ¿jamás le han dicho que su nariz parece una torre en decadencia? No sé, parecía una buena candidata hasta que vi su nariz. ¿Ves ese cuadro? Es un ejemplo de una mujer de verdad. Siento decirle que no me gusta su nariz y su tez trigueña no es la correcta.

Entrevistó a otra y la miró de arriba hacia abajo. La mujer tenía un traje rojo, pelo largo, caderas firmes y al sentarse el señor Wolfgang le gustó lo que vio. Los cachetes se le enrojecieron. Ella se presenta.

—Mi nombre es Pieta de Angelos. Estoy aquí para solicitar el trabajo de secretaria —Vociferó con firmeza.

—Dígame, Pieta de Angelos, ¿usted aguanta presión?

—¿La pregunta es, si usted, puede aguantar a la muerte?

Ambos se rieron y la contrató sin pensarlo dos veces porque le agradó. Se la llevó para explicarle cómo se manejaba la fábrica. También le enfatizó a qué hora le gustaba tomarse el café y la importancia de llegar temprano. Al conversar con ella volvió a sentir una presión en su pecho, no le hizo caso.

Varios días después, había una situación en su fábrica y llevaron a dos empleados al despacho. El jefe les decía:

—Estaba mirando las cámaras y los observé besándose. Miguel y Larry, ustedes saben que está prohibido besarse en horas laborales. Por eso estamos como estamos, gente como ustedes no merecen tener derechos — los miró detenidamente.

—No deseo trabajar aquí ni un segundo más. Como no sabemos inglés y ni tenemos los papeles, se aprovecha de nosotros. Nuestro amor no es una repugnancia, somos personas respetables y honradas como todo los demás. ¡Ojalá, despertara un día en nuestros zapatos!

—Primero muerto, antes de ser un patuleco. Recoja el cheque y se puede ir con sus preferencias sexuales a otro lado.

Su secretaria entró a la oficina y se quedó un rato.

--¿Es así de repugnante con sus empleados? —le preguntó con amabilidad y una sonrisa serena.

—Le voy a decir algo, no se meta en lo que no le importa.

Ella se acerca y él sintió que le coqueteaba, eso le gustó.

—¡Ay, señor Wolfgang! he visto lo enojado que se pone, necesita unas vacaciones antes que le suceda algo.

Al rato sus deseos lo consumían, el hombre se derretía por tocarla. Sin embargo, no sabía cuáles eran sus intenciones. No había tenido sexo desde la muerte de su esposa y no quería pagar demandas ni caer en un pleito legal. Su voz era suave.

—Tengo algo que lo puede tranquilizar. He visto a las personas a quienes ha despedido y no es que me importen, pero eso no nos conviene. Hagamos un trato, tengo esta pastilla la cual te llevará a las nubes.

Muy coqueta, la mujer le puso el pie en su pene y lo apretó con suavidad. En ese momento la imaginó desnuda. Le dijo que se tomaría la píldora con

una condición.

—Aquí arriba tengo mi propio cuarto privado. Podemos ir mañana a la recámara y me la beberé, si tenemos sexo.

—Veo la razón por la cual me contrató. Le fascina mi hermosura.

Al día siguiente, la miró con ansias y no quería salir de su oficina porque tenía una erección continua. Pieta entró a la oficina y subieron a la habitación, ella lo besó. La pone en la posición número cuatro. Le dio un par de nalgas, olió su vulva y agarró los senos. Ella le sonrió.

—Ahora le perteneces la muerte.

Observó los senos que se movían como culebras y vio la lengua roja de Pieta que era larga. También su cara se parecía a una serpiente.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre.

—¿Quieres saberlo? Por millones de años ningún hombre ha soportado mis actos sexuales y los que sobreviven son mis cachorros. Hay tres opciones: Una, la muerte; dos, ser la secretaria que despediste; tres, ser homosexual. Escoge una de ellas.

—Primero muerto, antes de ser mi secretaria o ser un patuleco.

—¿Primero muerto...? Que contestación tan asertiva. A los perros viejos no se le pueden cambiar sus costumbres —le contestó Pieta—. Pues, te concederé los tres, tendrás hasta las 2:00 p.m. para decidir tu destino.

El panorama cambió, estaba en su sepelio y en la funeraria había varias personas. Solo su secretaria asistió al funeral.

Le susurró por el oído: *Por ser sexista, racista y repugnante mueres solo.* Escuchó sus palabras repetirse. Deseaba escapar, pero no podía salir ni despertar.

Luego, en un instante, volvió a su casa y era uno de sus empleados. Despertó en plena acción. Su novio le metió el pene con ánimo y él solo gritaba.

Al par de minutos, cambió la escena, la muerte lo convirtió en un transexual. Estaba vestido con una blusa azul y falda negra. Observaba sus dos senos extra grandes. Sabía que la gente en su trabajo se mofaría de su aspecto.

—Llega a escondidas, aunque Pieta lo ve. Espere, señor, los empleados lo

quieren ver.

—Esto es un insulto a mi género. Yo soy un macho, un alfa esto no es justo para mí —le contestó.

Pieta traspasa la puerta porque él hombre quería esconderse. Se movió como un fantasma, le enseñó sus dientes afilados y su lengua roja de culebra.

—Nadie sabe que es el señor Wolfgang, solo quiero que vea el discrimen hacia los demás. Serás uno de esos hombres el cual despidió.

Lo primero que escuchó cuando trabajaba fue:

—No te acerques a él, no ves que se enamora de hombres. Es una marica —comentó uno de los empleados.

—Si hubiese sido tu jefe no me habrías hablado así y te hubiera despedido.

—Eres un pato sucio. Vuelve a trabajar.

\*\*\*

Par de horas después, le tocó ser su secretaria, ella vivía en una casa con el piso manchado y las cucarachas gigantescas salían del gabinete. Sintió hambre y era como si la verdadera dueña de su cuerpo controlara sus movimientos. Ella se dirigió al baño y con su mano trataba de hallar papel; era inútil, usaba su mano izquierda porque no había papel. Él gritó con desesperación:

—Sácame de aquí, he cumplido al vivir esas tres experiencias. Me dijiste que me volverías a la normalidad, cuando fuera un hombre de bien.

—Está bien, serás como antes, pero hay un solo problema, moriste ayer a las 2:00 pm de un infarto y eres mi esclavo. Algunas oportunidades llegan una sola vez. No ibas a cambiar... Como dice el viejo refrán: *A perro viejo, no hay quien le enseñe trucos nuevos.*

.

## Capítulo 10

### **Siluetas, lejanías de un recuerdo**

Querido viejo: jamás te he olvidado.

#### **a Alfonso**

En el suelo, Canma de la Joysiluet encuentra un sobre. La gente pasa distraída como si la carta no existiera. Se pregunta por qué no lo ven. No titubea en recogerlo y desliza su mano para adquirir la postal. El sobre está muy estrujado y sucio. La gente en la calle le ha pasado por encima. No se detiene a recogerlo porque anda apresurado.

Al llegar a la plaza vuelve a observar el mismo papel. Recoge el sobre, observa que están escritas unas palabras: *lo que has olvidado, solo ábralo el 25 de abril*. Medita acerca de lo que ha olvidado, nada le viene a la mente. Para él no tiene ningún sentido, aún así, decide guardar el sobre en la chaqueta del gabán. Escucha una voz conocida que emite un sonido tierno. Suena como si fuera la voz de su papá de crianza, pero se dice que no puede ser.

Camina por el pueblo de Guayama, para hacer sus diligencias y observa que el pueblo está desolado. En los noventa, valía la pena sentarse en la plaza y ver a las palomas comer maíz. Sin embargo, ahora parece una zona fantasma donde los remanentes son la Casa Cautiño y una estatua de Palés Matos. La melancolía se desliza por su espina dorsal al saber que los noventa no volverán. Le da tristeza ver a su municipio convertirse en un pueblo sin comercio. Canma, aunque no nació en ese pueblo, se siente guayamés.

Llega a su casa, allí tiene cuadros de Palés y una colección de sus poesías. Le fascina ser poeta e ir largas horas a la sala Palesiana, en la universidad Interamericana. Sabe que la sala es un tesoro inmenso pues solo guarda las obras y pertenencias de Palés. A veces se acongoja cuando la encuentra cerrada.

En sus años de bachillerato, decide ejercer la profesión de maestro y termina sus estudios como maestro de español para mantener viva su lengua vernácula. Se quita la chaqueta, la corbata y lo demás para estar cómodo. Pasa el día y la carta aún anda en su ropero echada al olvido.

Al despertar, no pierde de vista el calendario que dice 24 de abril. Encuentra la carta tirada en el suelo. En esos momentos la curiosidad se apodera de su ser. Quiere saber lo que ha olvidado. Las palabras, en la parte de atrás, resplandecen con claridad. Dice: *¿Qué pasará si abro el sobre? Al ponerlo de frente ve la dirección dice HC04 BOX 6806, Santa Isabella Puerto Rico 00096.*

Se siente inquieto. No le da mucha importancia a los datos que le parecen conocidos. Va a la sala, usa un abrecartas. Se frustra porque no la puede abrir, tira la carta contra el suelo varios segundos después. Luego se va a vestir para ir a un recital de poesía de la Liga de Poetas del Sur.

Llega a su casa tarde en la noche. Por la mañana se acuerda de la carta. El sobre ha desaparecido para su sorpresa. Busca en los más tediosos rincones de la casa y no aparece. También tiene una caja fuerte y allí revuelca sus pertenencias, pero no encuentra nada. En la mesa del comedor se encuentra la carta sellada. Se apresura abrirla. Muy molesto, toma la carta y la tira al zafacón porque no quiere abrir y desea saber su contenido.

De pronto sobre la mesa del comedor encuentra la carta sellada. Se dice que de una buena vez sabrá lo que hay adentro. Cuando intenta abrirla, está abierta. Ojea su contenido: *25 de abril ¿acaso lo has olvidado? Se sienta a descifrar el rompecabezas. Cuando se percata, la carta ha vuelto a su estado original, sin embargo, nota que se expande despacio. El objeto adquiere vida. Asustado su corazón palpita. Quiere salir de la habitación, aunque su cuerpo lo traiciona porque la curiosidad puede más. Le crecen piernas a la hoja de papel, luego se forma un torso, después las manos y por último, se crea una cabeza con los ojos. Ambos se miran. El extraño le dialoga.*

—¿No te acuerdas de mí?

Suenan las palabras a través de sus oídos. Hacen un eco que le provoca sentir punzadas en su espalda. El individuo le dice que lo llevará al lugar donde todo comenzó.

Canma abre los ojos en una cálida playa con olor a salitre, mares azules, redondeada de palmares y arena lisa. A lo lejos, observa a un señor que tiene setenta años y lo espera. El hombre tiene una estatura promedio. Su semblante le es conocido, aunque no sabe quién es. El extraño le dirige la palabra.

—Me acuerdo cuando llegaste de Florida, parecías un bebé sin ningún rumbo. Aquí fue que tu vida floreció.

Un nerviosismo se apodera de Canma y su alma se acongoja. Remotos recuerdos van y vienen, es que Florida fue un lugar de aventuras

pasajeras que solo se iban y volvían. Los recuerdos insólitos intentan llegar a su mente para esclarecer sus dudas. Había recordado cuando conoció a aquella muchacha llamada Loriane Rodríguez, quién lo hizo feliz por cinco años. De nuevo la voz suave, como el viento, lo acaricia en sus tímpanos y susurra.

—Y tú que decías que siempre recorrerías estos manantiales de sal, que a su vez te desarrollaron como hombre.

Canma de la Joysiluet no contesta. La voz recita momentos de su vida. Los recuerdos de Nevada llegan. *iQué tiempos aquellos cuando ibas de camino por el Strip y observabas las atracciones de la ciudad! La voz le afirma que perdió siete años de su vida en los afanes de sus caprichos.* Ese sentimiento de tristeza aumenta en su ser. La silueta lo lleva a la playa donde creció. La arena amarillenta, el mar cristalino le dan una bofetada en su rostro.

—Te desapareciste, siete largos años —pronuncia la voz.

Canma baja su rostro sin poder identificar a la persona que le enseñaba su pasado. La sombra le repite: *siete años, siete años perdidos y escucha los ecos de las palabras.* Se tira al suelo, toma arena no encuentra qué decirle.

—Vas recordando, qué bueno. Porque jamás te he echado a un lado. Por eso estoy aquí. Te voy a llevar al 25 de abril para refrescarte la memoria —afirma la silueta.

Después de tantos años, el hombre se gradúa de su bachillerato, nuevos senderos abren muchas puertas hacia nuevos horizontes. En ese momento la promesa que juró cumplir pasa por su mente.

—Te prometo que te vendré a visitar y a traerte comida. No importa cuando me haga un profesional vendré a verte.

—Sé que no vendrás, te olvidarás de mí, deja que seas un profesional —añade la silueta.

Se convirtieron esas palabras en la realidad que el joven había olvidado. Se pregunta por qué de momento llegan estos recuerdos que no tienen sentido. Un extracto de su vida llega a su memoria de alguien postrado en una cama, quien lo ha dejado solo por varios meses, años, víspera de navidades y noches de fin de año.

Al transcurrir los años, olvidó al individuo de los cabellos blancos, su sonrisa que emitía una carcajada de cansancio. El trabajo se apoderó de la vida del joven, sus afanes y echó su pasado al olvido. Esos remotos paisajes que la sombra le enseña son reminiscencias enterradas. Canma

de la Joysiluet se ha olvidado de una persona importante.

—Soy parte de tu vida, soy parte de tu sangre, soy la persona responsable de que nuestra descendencia continúe.

Canma, tartamudeaba, trata de decirle unas palabras a la figura. La persona camina despidiéndose a través de los senderos.

—¡Ven, no te vayas! Abuelo, abuelito, perdóname por echarte al abandono. Sé que te he fallado. Abuelo, no me des la espalda perdóname.

El abuelo no responde.

Unas lágrimas caen por sus mejillas, intenta abrazar a su querido viejo, aunque cuando trata la carta vuelve a su lugar. Se tira de rodillas. Recuerda la muerte de su abuelo a quien sacó de su vida cuando se convirtió en profesional. Al día siguiente, va a la tumba de su abuelo y sin consuelo llora. Le dice.

—Te fallé, te arrinconé.

Una dulce voz susurra en su oído.

— Jamás te he olvidado.

# Capítulo 11

## En el consultorio X

*A cualquier casa que entre, iré por el beneficio de los enfermos, absteniéndome de todo error voluntario y corrupción.*

### El juramento hipocrático

Aguantaba un calibre 38 especial, lo miré un par de veces, pensé en halar el gatillo. Observé el artefacto y toqué el mango marrón. He puesto una sola bala para decidir mi destino. Debía eliminar una voz de mi conciencia. Una gota de sudor bajaba por mi frente, le había dado vuelta a los orificios donde se ponían las balas. Respiré profundo, cerré mis ojos. Sentí un frío recorrer por mi sien y sujetaba el arma lista para privarme de mi vida. Clic...

### Una memoria balística #3

Hace unos años, el doctor Suárez atendía a sus pacientes en su consultorio. Debía resolver miles de situaciones. Sus enfermos no faltan a sus visitas y las enfermeras trataban a sus pacientes con el mejor cuidado. El doctor trabajaba doce horas, más las llamadas a domicilio.

Llegó una noche temprano a su hogar. Tenía unos chocolates y unas flores en sus manos. Había olvidado el aniversario del año pasado y quería darle una sorpresa a su esposa. Entró por la puerta con ánimo y pensó las palabras para reconquistar a su mujer. Sintió un aire extraño al subir las escaleras del apartamento. El televisor estaba encendido. El alto volumen atravesaba las paredes. Sus sentidos se agudizaron y escuchó unos gemidos. Se detuvo a tomar aire y prosiguió. Observó a su esposa quien cambiando de posición y le chupaba los senos a otra mujer. Tuvo que divorciarse, eso le dolió.

No funcionó la primera vez que intenté poner una bala sobre mi cráneo. Sudé por mis piernas. Al halar el gatillo, descubrí que revivía los recuerdos que me llevaron a la perdición. El revolver tenía unas balas potentes que herían mi conciencia. Escuché a la voz maldita: *Ella durmió con una mujer, eres una escoria, un poco hombre y luego lo que te pasó.* Clic...

### Una memoria llamada Patricia # 1

Olvidó sus tristezas porque acobijaba sus penas en una paciente llamada Patricia de los Milagros. Ella tenía una sonrisa suave, labios rosados y una personalidad alegre. La observaba cuando se movía con sutileza a través

de la oficina del doctor. Al doctor le agradaba atenderla. La dama se vestía muy bien y con su pelo largo, ojos azules y sus caderas voluminosas capturaba su atención.

A la hora de atender a la señora él se miraba en su teléfono inteligente para lucir elegante. La mujer observaba la oficina tenía del doctor. Había unas fotos de sus hijos, una computadora *Mac*, dos sillas de alta calidad y una música suave de fondo. El doctor tenía una calva, poseía un bigote medio blanco, y unos ojos claros. Era un hombre robusto con una sonrisa a medias. La dama se entretenía con sus bromas. A veces se descuidaba abriendo sus piernas y él hombre ojeaba su ropa interior. Su mirada se volvía más potente y veía como la vulva se le marcaba en forma de triángulo. El doctor no había tenido sexo desde su divorcio y estaba fogoso.

Su imaginación se corrompió con las siguientes visitas. Al mirarla, un rayo de luz le bajaba por la falda. Juró que la oscuridad se desvanecía de sus muslos y podía ver los dos labios color rosa. Estaba como le gustaba, bien perfilado. Las palabras de su paciente no las escuchaba. El flujo de sangre le aumentó y no dejaba de moverse por la ansiedad que sentía.

—¿Está bien? Lo noto como ansioso —le preguntó la mujer.

Él contestó que no le sucedía nada. Dijo que su presión estaba alta. Patricia tenía sus piernas separadas. El hombre quería despacharla rápido. Elaboró una mentira.

—Patricia, no ha mejorado con su tratamiento. La veré la próxima semana.

Estos recuerdos siguen en pie, no deseo saber de ella. No después de lo que me hizo. No merecí haber sido engañado de la manera en que lo fui. Malditas balas, hacen que recuerde lo sucedido. Esto no es lo que papá nos cultivó desde pequeños. Las palabras machistas de su padre se oyen: *Las mujeres son de la casa y nosotros somos los machos. Ningún hombre debe gustarse entre sí.* Su conciencia le dice: *No merezco morir he vivido incubado dentro de ti, quiero ser libre.* Espero matarte Clic...

## **Una idea magnífica # 2**

Una ansiedad tomaba su cuerpo porque pensaba lo que había visto. Al culminar, cerró la puerta de su consultorio con seguro. Se quitó el cinturón, abrió su cremallera. Frotó su miembro, repitió el nombre de su paciente. Revivió lo que vio. Iba algunas veces rápido, otras lenta y su temperatura aumentaba. Terminó lleno de confusión porque una voz lo interrumpió. Somos doctores y tenemos una magnífica idea. Sabemos

mucho y será nuestra. No creas que nos olvidamos de cómo lo haremos.

—¿Olvidamos? Déjame en paz. No deseo quebrantar la ley.

—¡Lo harás! —le afirmó la voz.

—Vete de mi mente.

Observó por el espejo del baño, una figura le hablaba sin él poder controlarlo. Arremató un puño contra el vidrio. A las 4:00 p.m., la señora Patricia sería atendida. Le daremos un sedante para lograr nuestro objetivo.

—Señora, Patricia, siéntese aquí. Es necesario, hacerle un chequeo, no se preocupe es parte del procedimiento.

—Confió en usted, ha sido mi doctor desde siempre.

De su bolsillo él sacó una jeringuilla y se la puso con exactitud. El doctor había esperado ese momento. Ella quedó inconsciente y la fue desvistiendo. Se Soltó el broche de su pantalón. La penetró sin sentir algún remordimiento. Desde ese día se sintió inferior.

Por varias semanas la mujer tenía una corazonada. El sexto sentido de Patricia le quería revelar la verdad. Se preguntaba porque tenía tantas pesadillas con su doctor.

No conforme con lo sucedido el hombre deseaba más. Una primera vez daría paso a una segunda vez. Ya el doctor está lo había hecho tantas veces generando una adicción.

Deseo morir para no recordar. Patricia fue una mujer astuta. Nunca pensé caer tan bajo. Estoy seguro de que moriré en el próximo intento. Siento el corazón agitado y la presión esta alta. A papá no le va a gustar lo sucedido. Recuerdo sus palabras: Somos machos, los hombres no lloran. No nos rebajamos por nadie. Los hombres solo duermen con mujeres. Ay de ti, si tu mujer te las pega o duerme con otra. Oye otra voz: *es tu culpa haber caído*. ¡Déjame en paz quiero ser libre, libre! Clic...

## **Una buena jugada # 6**

Patricia de los Milagros continuaba con las pesadillas, sintió que su espíritu deseaba revelarle las intenciones del doctor. La última vista una imagen le había llegado. Se vio inconsciente y el doctor se sacaba su pene para no crear sospechas. Se va muy pensativa y buscaría una solución.

Le habló a un representante.

—Hola, me llamo, Patricia de los Milagros.

—¡Buenas tardes!, ¿cómo le puedo servir?

—Necesito comprar una cámara pequeña —le indicó ella al vendedor.

Patricia obtuvo un bolígrafo con una cámara integrada. Lo dejó en la mesa del consultorio cuando el doctor fue a buscar sus guantes. Sabía que no recordaría nada, pero el video se iba a transferir a su computadora. Puso una nota electrónica con las palabras: *No te olvides, dale doble clic una vez vuelvas de tu doctor.*

No paré en ningún momento. Rompí la promesa de un buen médico. Soy un asco, una mugre, en fin una porquería de hombre. Se ríe: *no vengas con eso que disfrutamos.* Quiero ser libre por lo de mi mujer, por lo sucedido en el bar. Me molesta tener esta voz. Solo deseo la muerte, quiero ser libre. Clic...

## **Un plan #5**

Patricia de los Milagros quebrantó la ley al grabar en un consultorio, pero las leyes son una espada de doble filo. Abrió el documento en su computadora. Dijo: *Lo haré pagar por aprovecharse de mí.*

Un doctor ejemplar no debía vivir más al pasar una vergüenza como la que pasé. Si ella no hubiese escogido el escenario. No me hubiera sentido humillado. *Sí, nos humilló,* pero déjame ser libre. Necesitamos libertad. No importa lo que hice, sino las consecuencias. Clic....

## **La discoteca Blue Lagoon 4#**

Suárez celebraba en la discoteca Blue Lagoon su cumpleaños. En el bar se encuentro a una señora con unas caderas y un cuerpo que lo enloqueció.

—Le pago un trago a la dama hermosa, anda mozo.

Después de varios tragos juró a ver escuchado una voz gruesa salir de ella. La mini falda apretada, el pelo rojo y sus voluptuosas caderas cegaron la realidad.

Suárez se levantó con un fuerte dolor de cabeza y no se acordaba de lo sucedido. Prendió su computadora, hall un documento con el nombre: Enema al doctorcito cabroncito. Muy curioso abre el mismo. Ve la verdadera figura de una mujer robusta con un traje verde, pelo rubio con

unas manos gruesas. Mira la grabación.

—Deseo pasar la noche contigo. Poseo un apartamento cerca. —dice el doctor.

—Yo también quiero pasar la noche en la cama — responde muy coqueta—. Quiero que me hagas muchas posiciones de Kamasutra.

—No te preocupes, soy un experto en eso.

Ambos quedaron desnudos en la cama. Suárez estaba sorprendido porque oyó una voz varonil.

—¿Cómo se siente ser penetrado por el ano? —con un puñal en su mano lo amenazó—. Ahora haremos las posiciones que disfrutó con Patricia de los Milagros.

Recordó la penetración y la felación que le había hecho a un hombre desconocido. Lanzó la computadora al suelo y estaba listo para culminar con sus desgracias.

Me sentí poco hombre y usé mi último intento. Clic...

## Capítulo 12

### La obra maestra

*Pienso que una obra de arte debería dejar perplejo al espectador, hacerle meditar sobre el sentido de la vida.*

### Antoni Tapies

Ángelo la creaba a su imagen y semejanza. Tomaba el pincel para darle los últimos retoques. Era una mujer de pelo negro y piel canela. Él diseñaba las curvas de su obra con mucha precisión. Escogía los colores que la llenarían de vida. Agitaba el pincel con pasión. Continuó con la elaboración de sus pezones rosados. Al pintarla, la excitación palpitaba entre sus dedos. Se concentró para pintar su torso y les daba forma a sus caderas voluptuosas. Le faltaba a su obra un detalle. Pausó por un momento y pensó en el nombre que le daría. Su pintura sería la esperanza de recobrar su fama, ya que había sido defraudado por su auspiciador. Él sabía que el dinero no podía comprar la felicidad. Su meta era sobrepasar a los grandes pintores.

Recordó sus primeros bocetos con la policía. Le pagaban menos del mínimo, aunque allí conoció a una mujer de ojos verdes, cintura fina y voz dulce. Se enamoraron al par de días. Decidió contraer matrimonio al año de haberla conocido. Transcurrió el tiempo y tuvieron tres hijos. El padre se dedicaba a exponer sus obras por la calle y en lugares públicos para sostener a su familia porque con el trabajo de la policía no le daba. Un hombre llamado Dominic Roice se le acercó. Le preguntó.

—Oiga, señor, ¿cuánto vale esa pintura?

—La pieza vale ochocientos dólares —respondió Michael Ángelo.

—Oye, tengo una oferta para ti —le dijo el Sr. Roice.

—Dígame, ¿cuál es?

—Es sencillo. Te haré famoso, pero sabes que todo tiene su costo —le afirmó él hombre con una sonrisa media maliciosa.

—Yo lo sé. Es como venderle el alma al Diablo —el pintor sonrió.

Ambos tuvieron una conversación y el comprador le explicó que deseaba ser dibujado en un cuadro con su esposa. Había un deseo que la pareja quería cumplir. Los pintarían desnudos. La garganta del pintor se mojó.

Era la primera vez que elaboraría una pintura observando a personas desconocidas. Lo único que le desagradaba a Miguel Ángel era tener que ver al marido sin ropa. Lo observó por un minuto y no le agradó el aspecto físico agradable. El caballero tenía una barba marrón desordenada y pelos en los orificios de las orejas. También le repugnaba el lunar de la nariz redondo. Discutieron la suma de dinero.

—Le voy a pagar veinticinco mil dólares por el primer cuadro y si me gusta tendrá más trabajo.

—¿Dijo veinticinco mil? No se preocupe que acepto la oferta —respondió con energía.

No discutió el asunto con su esposa porque ella no aceptaría la oferta. Necesitaba pagar las cuentas atrasadas. Preparó sus herramientas para ir a la casa de su nuevo cliente. Tomó su caja y se encaminó.

Llegó a la mansión pocos minutos después. Vio unas puertas elegantes, una fuente con la figura de un cisne y dos automóviles deportivos. Apretó el timbre de la puerta. Un empleado con pelo blanco, alto lo llevó hacia su destino. La recámara estaba preparada. Su cliente le explicó las reglas que debía seguir. Miguel Ángel haría todo lo más profesional posible y conoció a Luz Jensen la esposa de su jefe. Ella no fue tímida porque se desvistió sin vergüenza alguna.

Comenzó a pintar a la pareja, pero sus manos temblaban. El empleado admiraba las dos bellezas erguidas de la mujer. Estaba fascinado con los pezones rosados. Miró hacia la zona triangular con ternura. Por un momento perdió la concentración. Inició la pieza; el esposo se quitó la ropa, pero la admiración que sintió se interrumpió.

Una ardua tarea se le presentó cuando intentó poner al señor Roice en la pieza. El individuo obstruía la creatividad por su aspecto físico. Su pecho velludo obstruía la musa del pintor. Terminó la obra de arte y a ellos les encantó. Le dieron la suma de dinero acordada.

Tres días después más tarde, recibió, el pintor, una llamada del Sr. Roice. Este le dijo que su cuadro sería presentado en un museo de gran envergadura. El artista se emocionó por la noticia, pero le extrañó al mismo tiempo.

Buscó su mejor atuendo y se veía elegante. Había distintos exponentes cuando llegó a la presentación. El hombre se sintió como un pintor famoso. Su nombre se dio a conocer esa noche. No sabía que su obra de arte competía por un premio. El señor Roice le informó que tenía otra oferta de trabajo muy sonriente. Le dijo que debían hacer una serie de

cuadros para convertirlo en un artista de renombre.

Los trabajos se volvieron complicados porque tuvo que pintar las obras cuando tenían relaciones sexuales. Decidió olvidarse de la realidad. El sexo entre ambos excitaba al pintor; ella se agarraba de la cama y gemía. El marido le besaba los pezones, acariciaba sus piernas, apretaba los glúteos y se movían con intensidad. Ángelo vía a la mujer solamente. Su risa, sus gemidos eran angelicales y la pintura tomaba forma. Los cuadros poseían un toque sensualidad único. Aumentó el reconocimiento del creador de las obras de arte.

A Miguel le desagradaba que su representante ganaba el por ciento más alto y recibía los elogios de sus trabajos. El señor Roice estaba contento con lo que habían logrado, adquirieron más riquezas.

Un día el señor Roice se fue de viaje y dejó a su empleado encargado de cuidar a Luz Jensen. La mujer salía de su habitación y entraba al cuarto del pintor. Ella se paseaba con una bata para provocar al hombre. Enseñaba su panti rojo, sus senos y trataba de seducir al pintor con sus movimientos. Le habló:

—Ven acá, he visto como me mirabas cuando hacía el amor con mi marido  
— le habló con mucha sensualidad.

—Por favor, póngase la ropa eres una mujer casada. No deseo problemas  
—le respondió nervioso.

—Anda, yo sé que quieres saborear mis pezones y lo demás. Son para ti  
—le manifestó la mujer.

Sin esperar por el hombre, ella se sentó en las piernas de él. Sacó el seno derecho y le metió la mano en la cremallera. Él sintió la vagina húmeda. No resistió los deseos de hacerlo. Despacio le acarició su pecho, la besó y la mimó. Al final del cuarto una luz roja parpadeaba, pero no le prestó atención. El marido regresó y quería hablar con su empleado. El señor Roice tenía un semblante serio. Le habló.

—Quiero que me pintes un suceso —insistió sin titubear.

—Dime lo que quieres que haga.

—Pues, claro que sí. Quiero que pintes un cuadro del momento que hiciste el amor con mi esposa.

Sus palabras lo avergonzaron y no sabía dónde poner su cara. Jensen caminaba sin preocupaciones. El hombre se preguntaba por qué actuaba de esa forma. Le dijeron a Ángelo que cediera sus derechos de autor de todas de sus pinturas. Si se rehusaba le enseñarían a su esposa lo

sucedido a través de una grabación. Escuchó unos comentarios de su exjefe.

—Eres una porquería de artista, me fui para ver tu lealtad. Te aseguro que te haré la vida imposible desde hoy.

—Ella lo quería al igual que yo, dile —le reprochó el artista.

Un paquete llegó a las manos de la esposa de Miguel Ángel. Ella se enteró de lo sucedido. Las gestiones de divorcio dieron inicio. Se quedó sin su familia, sin popularidad y sin trabajo. Entró en una depresión y en vez de guardar dinero lo malgastaba. La barba le creció. Llevaba tres meses atrasados en el pago de su renta y se emborrachaba para olvidar sus preocupaciones.

Por la madrugada se levantó a pintar porque una imagen le apareció en su conciencia. Se parecía a Diana la cazadora. Se habló sí mismo: *Serás mucho más bella que la impía que me arrebató mis sueños*. Le puso a la mujer de la pintura unos zapatos negros con un vestido rojo que le sobresaltaba sus ojos. Su pelo era color castaño, tenía ojos claros, labios rosados y caderas voluptuosas. Llevó la pieza a un evento donde se encontró a su exjefe. Su adversario se aseguró de humillarlo. La decepción fue inmensa y echó la obra a un lado.

Por la mañana caminaba por el pueblo, se sentía como una porquería. Buscó licor fuerte y bebió hasta embragarse. Agarró su obra de arte y se la imaginó desnuda. Una pizca de una célula se mezcló, en los colores, y se quedó dormido. La figura colorida cambiaba de tonos. Su vestido rojo alumbraba en la oscuridad. La mujer respiraba e intentaba salir del cuadro. Muchos colores emanaban por la alcoba. Un pie pisó la cara de su amo y lo despertó. Ella se apoyó del marco y salió despacio como un bebé recién nacido. Él se restregó los ojos y observó que la mujer estaba en forma fetal.

—¿Qué carajo es esto? —preguntó asustado.

Quedó sobrio al par de minutos. Entonces buscó una sábana para tapar su desnudez. La llamó Leonor y esa noche durmieron en la sala. El hombre no creía lo sucedido. Varias preguntas indagan en su cerebro. La mujer no sabía comunicarse, pero él sabía que una persona desarrolla su lenguaje cuando gatea por el suelo. Ella desarrolló el lenguaje varias semanas después.

—¿Qué es esto? —le preguntó en un tono suave su creador.

—Ca- mi- sa —pronunció despacio.

Su conocimiento se desarrolló. Leonor aprendió el castellano y las noches de agonía del pintor se convirtieron en alegrías. Dejó de beber y decidió pintar a tiempo completo. La mujer tenía juicio propio. Ella vía como su creador intentaba diseñar otra obra de arte, pero era inútil. El pintor se lamentaba porque según él había perdido la musa. No veía a sus hijos porque su esposa se los llevó lejos. Eso era una de las razones que no sentía deseos para pintar. Leonor le conversó.

—Sé que te apasiona la pintura, quiero decirte que tengo la solución a tus problemas.

—Mujer, ¿qué dices? No te preocupes por mí. Buscaré la manera de recuperar mi creatividad —le contestó con optimismo.

—No, amor. Habrá pinturas que conmuevan a los espectadores, pero esto los apasionará. Lo que tú y yo haremos nadie lo ha hecho. Vas a ser mejor que Miguel Ángel. Nadie ha hecho un dibujo que se mueva dentro de una pintura. En el cuadro controlo los miedos y las alegrías. Haría lo que fuera por ti.

Escuchó su propuesta. La idea para él sonaba estupenda, aunque no visualizaba su plan. Leonor buscó el marco, lo puso cerca y echó a un lado su vestimenta. Su desnudez floreció los ojos de su amo. Se quedó embelesado mirando sus pezones rosados y sus nalgas.

—Oye, ¿me puedes prestar atención?—le sonrió.

—Perdona es que me fui en un viaje.

A través del cuadro, ella restauró cada textura y le demostró que podía controlarlo. Elaboró un río lleno de flores y unos patos nadaban por las aguas. Él sabía que eso lo haría popular y humillaría a sus enemigos.

Miércoles a las ocho de la noche fueron a una exhibición. En el evento el artista le sonrió a su exjefe con mucha malicia. Él añoraba esa oportunidad. Pensó que la venganza era dulce, pero el desquite lo llenaría más.

Dieron inicio a las evaluaciones de las pinturas. El Sr. Roice iba en la delantera con una pintura llamada: *The Torment of Saint*. Le tocó la evaluación a Michael Angelo. Un sentimiento se apoderaba de las entrañas a sus espectadores y no dejaban de observar los movimientos de Leonor. Ella se movía entre las aguas, los gansos volaban por el horizonte, se quitó la ropa y una gota de agua salió a través del cuadro. Sus movimientos no habían sido vistos jamás. Agarró la atención de sus rivales. Fascinados con los deslumbrantes efectos, el jurado observaba cómo la mujer se movía entre las aguas. Jensen estaba irritada y

comentó.

—Este año perderemos y será por mucho —le dijo a su esposo.

—¡Mujer, tú sí eres una idiota, deja de decir tonterías! No sabes aguantar tu boca —le respondió su marido.

Esa noche, el equipo de bandidos, quienes se la pasaban robando pinturas de otros pintores saborearon una derrota. Los ganadores volvieron a su casa. Leonor abrazaba al artista y estaban felices. Bebieron unas cuantas copas de vino y comenzaron a besarse. Los pezones de Leonor sintieron una sensación cosquillosa y se dejó llevar por la excitación. Miguel Ángel tomó ambas de sus piernas y la sensación huracanada revolcó los sentimientos de sus cuerpos. Leonor se sintió agitada, con todas sus fuerzas, agarraba las sábanas y su punto más alto se apoderó. De la mujer emanaban mil colores por su cuerpo; la luz se apoderó de la oscuridad. Ambos se volvieron Ella le confesó que sin él no podía vivir y si él moría lo salvaría.

Los enamorados planificaron ir a varias exhibiciones para recaudar dinero y poder vivir bien. Solo les bastaba con ir alrededor del mundo. Con ese dinero se mudaría cerca de sus hijos y serían felices. Luz Jensen se comunicaba con su esposo.

—¿Qué vamos hacer ahora? Él nos humilló.

—Haremos lo de siempre, hurtar la pieza y destruirla para arruinar la carrera de ese holgazán —dijo el señor Roice.

Quisieron robarse la pintura en Francia, pero los intentos fueron en vano. Pospusieron sus planes y recurrieron al plan B. Comenzaron a vigilarlos para descubrir su secreto.

—¿Has visto lo que vi? —preguntó su esposo curioso.

—¿De cuándo acá él posee una novia? La mujer se parece a la de la pieza —añadió ella.

Se quedaron cerca del hotel para continuar la vigilancia. Una noche los ladrones descubrieron el secreto.

—¡Qué clase de infeliz! Con qué así lo hace...

—Vamos a tomar venganza porque nos humillaron. No es justo haber perdido —suplicó su amada.

—Nos apoderaremos del cuadro y seremos millonarios —le afirma.

Entraron al cuarto de los enamorados a las doce de la noche. El artista le pidió a Leonor que se escondiera en la obra. La miró con agonía.

—¿Con que creías que nos ibas a humillar? Mira lo asustado que estás — el señor Roice abofeteó a su expleado.

Leonor se desesperó y haló el cabello de Jensen. La infiltró en su universo. El señor Roice no sabía que su esposa había desaparecido. Dentro de su mundo, Leonor era una diosa. La mujer le disparaba a su rival, pero las leyes de la gravedad no le aplicaban. La pintura descifró el miedo de Luz. Aparecieron unas ratas pequeñas. Se le metieron por la boca hasta llegar al estómago. Se le abrió una herida en la zona de estómago y le salieron las sabandijas por el ano. Estas se multiplicaban.

Ángelo desesperado no tenía el dominio de la pelea. Se escuchó cuando se detonó el gatillo. La sangre se deslizaba por el suelo. Las pizcas de sangre llegaron al cuadro. Miguel Ángel estaba sin vida. Leonor observó a su amado con tristeza. El señor Roice la agarró por el cabello.

—Tu nuevo amo soy yo. Desde hoy serás mía.

—Seré tuya con una condición.

—Dime, ¿qué quieres?

—Solo deseo que me hagas tuya para así poder estar contigo.

—¿Tus deseos son genuinos?

En medio de la cama ella se desnudó, el individuo le mostró su pecho lanoso. Lo besaba por unos minutos y lo llevó cerca del marco.

—Bienvenido. Eres una escoria.

—¿De qué hablas?

—Te traje aquí, a mi mundo, significa que morirás. Le has tenido miedo a los murciélagos desde niño —le explicó.

Los murciélagos salieron de su estómago, unos por su boca, mientras miles se comían sus extremidades.

Leonor recobró el cuerpo de su enamorado, lo acarició y pensó en los momentos de alegría. Lo llevó dentro del cuadro. El soplo de vida retornó a Miguel Ángel. Al despertar su amada era un cuadro común y corriente.

Abrieron una bóveda un siglo más tarde. Encontraron el cuadro de Leonor y las lágrimas convirtieron a la pintura en una obra maestra.

## Capítulo 13

### Unos días en la vida de los Pailarianos

En los horizontes del barrio Escarlata, el frío navideño susurraba por las ventanas y viajaba a cada rincón entre las familias. Los vecinos andaban apresurados por pintar sus fachadas, por poner bombillas coloreadas y no faltaba el árbol navideño. Había una familia que para arreglar su hogar harían los sacrificios necesarios para lucir bien en frente de los demás. Se acercaba la navidad y los vecinos arreglaban sus fachadas, vociferan, bochinchean y comían bolitas de color verde. Los Pailarianos vivían en la última esquina de la urbanización.

Acercándose los días para celebrar la festividad, la esposa del señor Paila le explicó que debían pintar la casa, tener un árbol navideño lleno de regalos y ganar el concurso de la vecindad.

Después de un diálogo entre ambas partes. Ella le dio veintiún días a su marido para arreglar la casa y ponerla decente. Su esposo no quería escuchar la boca de su mujer porque perder no era una opción. Observó los alrededores del hogar. Sabía que iba ser una misión ardua. Las paredes estaban amarillentas, los bordes del techo tenían limo y la pintura de la marquesina colgaba.

A los pocos días a Margarita le daba vergüenza no haber ganado la competencia y se lo recordaba a su marido. A la mujer de Paila cuando se le metía una idea en la cabeza había que complacerla o él escucharía las quejas por los próximos meses. Le habló fuerte.

—¡Quiero que pintes la casa y que luzca genial! —le señaló con el dedo.

—Amor, no ves que no tenemos... —no lo dejó contestar.

—No me vengas con eso que cuando quieres darte la cervecita, sí hay.

Después de varias acusaciones entre ambos y peleas fatulas, el marido elaboró un plan para solucionar sus problemas. Fue a la covacha a escoger sus herramientas para pintar el hogar. No sintió ánimo al encontrar la mayor parte del equipo lleno de moho. Llamó a sus dos hijos Mario y Luisa. Ambos jóvenes tenían un nivel de pensamiento promedio, aunque hacían los que sus padres le pedían sin reproches. Ricardo le ofreció a su esposa usar a sus vástagos para arreglar la casa.

El jefe de la casa había sido un dentista no muy reconocido, pues los errores con la profesión lo desanimaron. Sin embargo, creó una pasta

para que sus hijos no adquirieran caries y descubrió que se volvieron indestructibles. El hijo menor se encargaría de raspar las paredes con sus dientes y su hermana iba a controlar a su hermano, como una espátula viviente, para que no dejara ni un chivo en las paredes. Ricardo tomó una lima para afilarle los dientes al muchacho.

—Oye papá, ¿cómo lo controlo? —preguntó su hija.

—Es fácil. Lo agarras por la mano, lo levantas y lo pinchas fuerte. Así harás el trabajo como se debe y no te apresures hazlo con calma —pronunció su padre al dar las instrucciones .

Paila padre fue a comprar la pintura, escogió el arbolito como le gustaba a Margarita la Broco. Sacó los ahorros que tenían y malgasto su dinero.

Llegó al hogar. Entre todos pusieron el árbol navideño, pero la estrella les quedó virada. Sacaron las dos pailas de pintura. Todos ayudaron menos Margarita. Ella se inventó una excusa razonable para no hacer nada.

A la hora de almorzar comieron galletas *Export Sodas*. La comida escaseó los días siguientes. Paila padre estaba orgulloso de como Mario tenía los dientes súper fuertes porque sacaba la pintura sin dificultad.

Por la tarde la mujer abrió el gabinete, solo había telarañas y los Pailarianos se esforzaron en ingerir los inventos de la Broco. Comenzaron a ingerir las famosas bolitas verdes. Era el plato típico de Escarlata. Las bolitas verdes eran albóndigas rellenas con estiércol de caballo y su sabor muy dulce les quitó el hambre. Por el hambre, repitieron varias veces. su mujer fue inspeccionar. Escuchó.

—Te dije que es así Luisa, que lo pintes de esa manera, hazme caso —le dijo irritado.

—Los amo a ustedes, mi amor, es que siempre andamos haciendo sacrificios para lucir bien —dice el jefe de la casa con voz varonil.

Escaseó la comida típica y tenían que ingeniárselas para sobrevivir. Empezaron a sacarle las hojas al árbol navideño, ya que como se iba a arrojar a la basura al culminar la navidad deciden comer hojas los días que le quedan. La Broco cocinaba hojas al brócoli. En vez de tener un árbol frondoso, parecía un esqueleto. No tenían con que bajar la comida. Decidieron mezclar los químicos de limpieza, así saciaron su hambre. Su hija le preguntó.

—Mamá, ¿por qué tenemos que lavarnos los labios cada vez que ingerimos leche? Esta leche es diferente, es más espesa —Luisa le

cuestionó.

—¡Ay hijos! Es que la economía esta mala y la casa tiene que lucir fenomenal para ganar la competencia.

Dos días después, el árbol se llenó de cajas con residuos de pintura porque no tenían dinero para comprar regalos. La Margarita la Broco tenía a su marido y a sus hijos trabajando como burros de carga. No descansaban y se sentía exhaustos. Los vecinos observaban por la ventana porque en más de veinte años los Pailarianos no habían pintado su fachada.

Al cenar le daban gracias a Dios. En la mesa había *fettuccine* a la hoja, tenían crema de pintura para mojar los alimentos y cantitos de pintura que simulan la carne. El pote decía: *Pintura de aceite, favor de no ingerir*. Querían actuar que tenían una vida normal, por eso buscaron otras soluciones sin importarle lo demás.

Terminan de pintar la casa. El hijo de Paila terminó con los dientes derechos por arrancar tanta pintura. Mientras que su hija desarrolló unos músculos corporales por usar a su hermano como una espátula.

Durante ese día pusieron las luces navideñas. Decidieron poner un hombre de nieve de plástico al frente del hogar y estaban nerviosos porque por fin encenderían las bombillas navideñas. Dijo uno de ellos.

—Mamá, enciéndelas que me muero por verlas —le insistió Luisa varias veces y le hala la falda—. Dale mamá préndelas.

—¡Yo lo quiero hacer mami! —le preguntó su hijo.

Enchufaron las bombillas y el colorido de las luces alumbró los corazones de sus vecinos. Los Pailarianos ganaron el concurso de las mejores bombillas y la mejor fachada de ese año. Los niños le preguntaron a su mamá qué cuál era el significado de la navidad. Su mamá respondió.

—La festividad navideña es saber hacer los sacrificios necesarios para lucir bien delante de los demás.

—¿Pero mamá, seguiremos con el menú navideño?

—No hijo, se acerca los Tres Reyes Magos y estaremos celebrando otra festividad.

Los Pailarianos comprendieron el verdadero significado de la navidad. Su hija le preguntó a su madre:

—¿Mamá, que nos traerá la navidad?

Ricardo Paila junto a su esposa se miraron y hubo un silencio sigiloso entre ellos...

## Capítulo 14

### ***Dimensiones paralelas***

No sabía si estaba muerta o con vida. Se negaba ir al trabajo porque no deseaba salir de su casa. Daban golpes fuertes en la puerta. No quería salir a ninguna parte. Su novio rompió la relación que tenían porque se fue con otra más delgada. Habían sido cinco años desde que vivieron bajo del mismo techo.

A Virginia le dio rabia sentirse que podía ser remplazada. Se decía que de nada le sirvió darle todo a un hombre, quien, sin pensarlo dos veces, dejó a una mujer comprensiva. A veces lloraba antes de llegar al trabajo, pero disimulaba lo sucedido. Le daba vergüenza decir que fue remplazada por una mujer hecha de hueso. Su enojo la hacía pensar en esas palabras y llamaba a la nueva fulana "La mujer de hueso". Se la pasaba inventando excusas para no salir con los compañeros del trabajo.

Las llamadas telefónicas que recibía iban directo al buzón de mensajes. La enojaba que sus compañeros la llamaran para sonsacarla a salir. Ellos no entendían la bofetada que sintió el día cuando su pareja la abandonó. Quería estar sola, triste y angustiada.

Optó por comer sin medir las consecuencias. Tenía ahorrado una suma de dinero considerable y dejó su trabajo. Apagó el teléfono para evitar escuchar los mensajes porque eran una molestia. Deseaba buscarse a sí misma, pero luego de seis meses le dio una severa depresión. Se miró al espejo y su barbilla lucía distinta, mientras que su estómago se volvió un volcán que parecía hacer una erupción cuando se movía. No había salido de las fotos de su exnovio. El fantasma de las risas, los placeres y los momentos felices eran una constante tortura dentro de su conciencia,

Días antes del rompimiento, lo recordaba recibió un mensaje de texto, uno de esos donde el hombre se justificaba por sus acciones erróneas y buscaba sentirse mejor con él mismo. Le dolieron las palabras filosas enviadas por ese mensaje y repudió las acciones de Gabriel.

Durante diez meses, en lo más profundo de su corazón sintió primero dolor, después; vergüenza, odio a sí misma y se sentía fea. Fueron fuertes los primeros tres meses, si miraba a Pablito, el perro de la casa, pensaba en él y si escuchaba a *Bon Jovi* solo le venía la canción favorita de ambos *Living in a Prayer*.

En la gaveta de su coqueta encontró las cartas fresitas de ellos cuando se escribían cartas de amor. Gabriel decía que la amaría hasta la muerte. Ella

se arregló el pelo y sonrió porque comprendió que se hablaba mucha cursilería cuando estabas enamorado. También que la mente humana se encargaba de obviar los defectos de ambas personas. Ese fue el error de su exadorado Gabriel Juan Campos. Le parecían todas sus palabras poéticas, sus flores y tarjetas una película de mal gusto. Ahora la novela de su vida le sabía a mandarinas agrias y no lo soportaba más.

Pasaron los días, ella decidió recoger las pertenencias de su viejo amor. De nada le valía torturarse a diario, pero eso dio paso a recordarlo más. Le pareció ser un hombre guapo cuando estaban juntos y maldijo a la amiga, quién se lo había presentado. Estaba arrepentida porque le había dado sus secretos más íntimos. Se lamentó en haberlo conocido.

Entonces no tuvo fuerzas para arrojar al zafacón las pertenencias que los unía. La segunda depresión fue más severa. No quería comer, dormir ni salir de su laberinto. Allí creó una guarida secreta en su sofá con el intento de privarse de su vida. Las constantes ráfagas huracanadas la hacían botar lágrimas y no quería vivir ni un minuto más. Pensaba que la sociedad y sus renglones absurdos le hacían creer a las personas en el amor eterno, el casamiento fantasioso y vivir con el príncipe azul "hasta que la muerte los separe." Sabía que debía buscar una manera de zafarse de las pesadillas ambulantes, quienes se apoderaron de sus decisiones.

Había comenzado a beber pastillas para aliviar los ataques de pánico y ansiedad. La nota la llevaba a sentirse por las nubes. Aumentaba las dosis sin importarle acerca de su vida. Deseaba la vía fácil, no sentir ningún dolor, no vivir más y dejar de existir. El mundo dio vueltas muy rápidamente, entonces se su recámara se paralizó el tiempo y el espacio. Las pastillas le dieron el poder de viajar al más allá. Los viajes astrales se convirtieron en una vía de escapatoria.

Llegó un momento cuando las pastillas no le daban el efecto que deseaba y se bebió diez frascos. Abrió los ojos en un lugar desconocido donde una esfera sostenía las moléculas de las galaxias. Sentado en una silla, un hombre con pelo blanco y ojos brillosos la observaba. Se preguntaba si era Dios, ella no lo creía. Antes que conversaran, el ser desconocido se transformó en un pájaro que ardía en llamas. Observaba la figura que convertía su energía en partes coloridas.

La energía mística decidió enseñarle las metáforas de los distintos mundos, los pasos largos donde algunos eran cortos. Fueron a las dimensiones de cristales donde las personas eran espejos, pero no podían apreciar lo que podían ver. Terminaron en otro planeta llamado: *Vida Pasajera*. Había unos individuos que sus piernas eran sus ojos y su cabeza simulaban las piernas. Le enseñó las confrontaciones que ese planeta tenía. Por último, fueron a su planeta. La gente lloraba por la pérdida de sus padres, por sus trabajos, por sus amigos y situaciones

elaboradas por ellos mismos.

Minutos después, había unos niños con alas blancas y unas lámparas, y alumbraban una vereda. Una paz se apoderó de sus de ella. A lo lejos observaba los recuerdos pasajeros.

Al abrir los ojos, encontró una carroza voladora con un caballo blanco de alas fosforescentes. Vio un ente, quien se materializó en una mujer con pelo largo. Ella le sonrió: *agárrate bien porque el viaje será largo.* Pasaron unas dimensiones paralelas. A Virginia no le importaba si se dirigía al cielo o al infierno. Solo quería perderse en la paz que sentía.

Un fuerte viento azotaba a la carroza voladora. Escuchó unas fuertes palabras: *Sujétate, aférrate a las penas que la gran mayoría de las veces nos ayudan a salir a flote. No todo el tiempo es llorar, ni culparse y si quieres alcanzar el cielo azul no te limites a sufrir. En el sufrimiento hay destellos de colores por los cuales se pasa a otros paisajes secretos.*

Se transformó la carroza en una mujer con túnicas cristalizadas y, al irse, se evaporó por los aires. Virginia notó que había un orificio en el cielo. Era un hoyo negro. Sintió que la jalaba. La mente de la viajera se quedó en blanco, ya no sentía odio hacia su novio ni le importaban los eventos del pasado. En ese momento todo era relativo.

Entró por el hoyo negro . Unos seres brillantes la miraron. Hablaban un lenguaje extraño. Eso no le preocupó porque no quería irse. La hicieron caminar por unos pasillos de cristal. A los lados, su vida se proyectaba. No dejaron ni un solo detalle de los acontecimientos de su existencia.

Llegó a la Estrella Mayor. Era el dueño de las dimensiones. Observó a una divinidad hecha de fuego, quien cambiaba de colores y se convertía en un reflejo lleno de espejismos. Ella no podía contenerse y le preguntó el porqué no lo conocía. Él respondió: *La gente es creyente de su propia falacia.* Conversaron por un largo rato. Le volvió a hablar: *Crear o no creer no hace la diferencia. La continuidad en los mundos corre por sí sola. Nadie vendrá a salvarlos porque ustedes quieren que alguien lo haga. Sufrir es aprender, privarse de la vida no es aceptable. Virginia comprendió su mensaje.*

Apareció un boleto azul en su mano derecha. Este señalaba el día cuando debía morir. No era su fecha. Sabía que su estadía no era permanente en las dimensiones paralelas. Se despidió de la energía y observó sus espejismos brillantes. Eran la esencia de la vida misma.

Decidió reponerse al regresar de su viaje astral. Esa tarde abrió la puerta de su hogar. Caminó por el vecindario y sabía que el sufrimiento era una debilidad humana. Se dijo que había sobrevivido a una dimensión paralela

donde algunos se quedaban en el infinito del jamás.